

# El Norte



**Cuentos cortos  
de  
Gerhard III**

## En vez de un prólogo:

# DESVIO PROVISIONAL

El se llamaba Juan, tenía algo más de cuarenta años, era representante y soltero. No se diferenciaba mucho de los otros de su género. Quizás sólo en sus novias. No eran novias reales sino más bien ideales, algo como conceptos con los cuales compartía su vida. El primer lugar entre ellas pertenecía sin duda a la carretera. Con ella estaba más tiempo junto. Con ella era posible hablar sobre los temas filosóficos más profundos. Por esta razón no tenía Radiocasete en su BMW 501 i. La segunda era la cámara. Horas y horas se tiraba Juan por el campo en búsqueda de emociones que sólo ella le podía ofrecer. Por su bienestar más vulgar miraba la tercera, la cocina, aconsejándole tal placer o previniéndole de tal vicio. La más nueva era "La Máquina" como Juan llamaba cariñosamente al ordenador. Era la más racional. Siempre le hizo pensar de la manera más pragmática y directa.

Todo siguió sus cauces hasta ese 25 de febrero. Era una noche gélida. Nevaba. Después de algunas cervezas en su tasca habitual se dirigió a la discoteca "Géminis" para tomar la penúltima. Casi bebida la copa, tropezó con Dolores. La conocía ya mucho tiempo. Vivía cerca de él, era una mujer atractiva, moderna, amante de la vida. Juan solía charlar un poco con ella cuando se encontraron por azar en un bar. En vista del mal tiempo propuso a Dolores llevarla a casa con su BMW. Aceptó. Dos copas más tarde y ya en el

BMW sucedió algo muy extraño, algo que jamás antes había pasado a Juan. Cambiando de la tercera marcha a la cuarta rozó con su mano la de Dolores. No la retiró. Ella tampoco. Al contrario. Las dos manos se buscaban más, se encogieron, se apretaron. Pararon en frente de la casa de Dolores. Una mirada profunda. Un beso no menos profundo. Algunas palabras de despedida.

Por la mañana Juan se levantó con la resaca de costumbre. Iba a tomar su café y se percató de que esa resaca no era la normal. Su novia de turno, la cocinera, opinaba lo mismo. "¡Piensa en otro causante del dolor, que no es la acidez estomacal" dijo ella. Escuchando la palabra "dolor" sintió un escalofrío, un mareo. ¡Dolor, Dolores! Nunca pensaba que un nombre podría ser tan verdadero, tan inimaginablemente real. Se inquietaba. ¿Qué pasó anoche? Intentaba recordar los hechos, los sentimientos, las vibraciones de hace algunas horas. Imposible. Faltaba siempre algún detalle. Se daba cuenta que buscaba un tiempo de su vida que tenía perdido, que ya no era posible recobrar. Se impuso la necesidad de hablar con la novia que conocía mejor su vida interior, con la cocinera. Cogió la llave, se sentó en su BMW, arrancó y tomó la salida hacia la Nacional 342. Fue una conversación larga, 276 Km.. Durante estos se enteró de que todas sus novias existían solamente gracias a él. No tenían vida ni voluntad propia. Estaban ahí porque él lo quería. Pero Dolores no. Ella tenía vida propia, tomaba sus decisiones, estaba ahí porque ella lo quería. Podría convertirse en novia auténtica, de carne y hueso. Un abismo emocional se abrió delante de Juan. Paró el coche y cogió su cámara. Esta no solía hablar mucho. Se comunicaba por vibraciones. Esta vez le indicó directamente que un remedio podría ser la sublimación artística. Contento regresó a casa para su última consulta. Fue el turno de la maquina. " Sublimación es muy buena" le dijo ella," ¿Por qué no te

bucas otra novia de las tuyas? la literatura por ejemplo. ¿No has querido siempre ser algo más que un representante? Haz de un desvío provisional un desvío profesional." Y así fue que se sentó delante del ordenador y empezó a escribir.

## LA RAMA

Siempre me gustaba, apoyado el codo derecho en la barra del Pub "ACUARIO", el whisky de turno en la izquierda, observar a la gente. Así fue que me fijé una noche en ese personaje. No sé como se llamaba. Tenía unos treinta y cinco años, algo gordo, gafas, pelo rojizo y rizado; en fin, no era lo que se suele llamar un guapetón. Charlaba con una mujer, más o menos de su edad. Tomando los gestos de las manos y la expresión de los rostros se trataba de una discusión lo bastante seria para no decir filosófica. Parecía una conversación llena de comprensión, de mutuo acuerdo humano, de compaginación emocional y de entendimiento espiritual. Al cabo de una hora salieron del pub, su brazo en la cadera de la mujer. Le vi tres días más tarde en el mismo sitio. La misma escena. Solamente que la mujer era otra. Dos días después de nuevo. La misma escena. Otra mujer. Y así durante todo el mes de abril. Todas sus mujeres eran de treinta para arriba. Además parecían todas casadas, de cierta energía, moviéndose con terminación, quizás un poco exageradas. Mujeres de nivel económico mediano, amas de casa pseudo progresistas, aburridas. El asunto empezó a interesarme. Un día logré situarme tan cerca de él, que me fue posible escuchar la conversación, aunque no toda, por lo menos lo bastante para hacerme una idea general. Hablaban de la liberación de las mujeres, de la autorrealización, del sentido de la vida, de la opresión sexista, del derecho a la ternura. Él se puso de su lado, incitándola a declararse y luego manifestándose de acuerdo en todo. Hay que ayudar a las mujeres, hay que luchar contra los machos, existe la felicidad, sólo hay que tomarla. La convenció, que el mejor camino pasó por él, no por su marido, porque el marido está preso de su

pasado machista. Ella aceptó, porque "yo soy yo y yo hago lo que a mí me da la gana".

La vi cuatro días más tarde. Estaba triste, depresiva, bebida. Se dirigió hacia mí. "Perdona " me dijo " ¿pero no estuviste hace tres o cuatro días también aquí?". Habiendo yo respondido afirmativamente, prosiguió "¿Y observaste la conversación que yo mantenía con un tío?". Tuve que admitirlo. "¿Y también escuchaste algo?". Me sentí incómodo. Por qué no negarlo o dejar mi vaso y marcharme. No sé, pero el caso era que contesté con un "si" rotundo. Entonces ella empezó a decirme, que ese tío ha sido el último en engañarla, utilizando el truco de la "RAMA" (la Red Andaluza de Mujeres Asistidas), que él prometió a ayudarle, pero que lo único que le interesaba era la cama, que todos los machos somos iguales de asquerosos, que no hay derecho a eso, que, que, que.....

En este momento se despertó algo en mí. Me sentí ofendido. ¿Qué todos los machos seamos así? ¡Qué no! ¡Qué culpa tengo yo! si ella se deja ligar por el método de la RAMA. Empecé a defenderme. "No todos somos iguales. De acuerdo, hay muchos, sí, sí, incluso demasiados que son así. ¡Pero no todos! Esto no puedo admitirlo. Se debe diferenciar." Cogí soltura. Expliqué mi visión del mundo. Insistí en la defensa de lo humano, aceptando lo bueno y lo malo, que son las dos caras de la misma moneda. Evoqué la necesidad de progresar en la comprensión del mundo aprendiendo de los ratos buenos y de los ratos malos. Declaré que cada ser humano es una estrella que en su interior lleva una luz divina encendida, que espera a ser descubierta. Era cómo si una ola de amor cósmico me hubiese inundado. Ya en la calle, el brazo en su hombro, manifesté mi profunda fe en la vida, en los humanos, en el universo, en el sentido secreto, pero maravilloso de la creación. Nos fuimos a mi

casa, tomamos algunas copas brindando por el amor universal. Fue una noche inolvidable. Cuando me desperté por la mañana pensé en la fundación PRO DRAMA, o sea “Pro Damnificadas por la Red Andaluza de Mujeres Asistidas”. Con una sonrisa en mis labios cerré mis ojos y dormí todavía buen rato en sus brazos.

## LA PIERNA

El sol del atardecer bañaba las lomas suavemente con luz dorada mientras desde los valles pronunciados emergía paulatinamente la sombra oscura dispuesta a engullir todo bello paisaje serrano. Ya no hacía calor, la brisa nocturna empezó a soplar a destiempo adelantándose al horario establecido. No me importaba, incluso me alegraba, pues alivió mi pedalear cuesta arriba. Iba bien de tiempo, antes de la noche habré llegado a la capital de la comarca. Me restó parte de la subida hasta la cima del puerto, disfrutar de la bajada no muy empinada y unos 15 kilómetros de llano hasta mi meta de este día. Con el ventecillo de frente, no me costó nada subir hasta el mirador. Lleno de alborozo emprendí la parte más agradable de cualquier ruta cicloturística y dejé que las fuerzas descritas por Newton me llevaran hacia la pequeña llanura sembrada de huertas y frutales. La velocidad aumentaba, sentí el placer de volar, los ojos escudriñando el trazado de la carretera de tercera, no presté atención al firme y ahí estaba, este sonido reiterativo, pla, pla, pla ...que suele indicar que el aire de una cámara, esta vez le tocó a la de la rueda trasera, se ha fugado. Frenazo, bajarme de la bici, quitarme la mochila, buscar la cajita asistencial y constatar que había usado el último parche esta mañana y que en lógica conclusión no me quedaba ninguno más, era cuestión de un segundo. Tenía ganas de llorar de desesperación, siempre lo mismo, diez y seis kilómetros se pueden convertir en una eternidad, salvo que haya un pueblo en medio. Entre palabras malsonantes, blasfemias nombrando todos los santos, autoreproches y cantos a la desgracia en general pasé la primera media legua de posta. Mi ánimo no quería aplacarse, aún saltaba por los aires, cuando me percaté de la señal indicadora que



con su parte puntiaguda mostraba la entrada a una población, distante únicamente unos 500 metros medidos desde la calzada de la vía terciaria. A veces no se toman decisiones, sucede que se ejecuta algo automáticamente. Así entré yo en el pueblo. La noche ya se había hecho con su reino, los faroles alumbraban las calles con un tenue vello azulado. No se veía a nadie, a excepción de numerosas gatas ¿O eran gatos? Y algún que otro perro flacucho. Sin embargo, en la lejanía se oía cierto bullicio. Al dirigirme hacia la fuente de este ruido, vi las primeras guirnaldas, luego lamparillas de color, banderitas colgando de alambres fijados en las paredes de las casas situadas en los lados opuestos de la calle que desembocó finalmente en una plaza, mejor dicho la plaza, pues ahí se celebraban según todos los indicios las fiestas patronales o una cosa similar. Como en tales circunstancias era de esperar, no hubo tienda abierta, ni mecánico o taller alguno a la vista para conseguir el tan anhelado parche, pero la posibilidad de ahogar mi descontento en un mar de cervezas tranquilizó por el momento mi pensar aturdido.

Un par de horas más tarde sigo en esta plaza, no hay más, una orquesta de estas pueblerinas que maltratan el oído con las canciones de todos los veranos juntos, cuatro puestos subsaharianos, un par de chiringuitos, la tía de los churros, sin olvidar los bares que circundan el recinto. No conozco a nadie, un forastero sin nada que hacer, echado en medio de una fiesta ajena. Claro, que no he encontrado un sitio para dormir, la pensión al completo, y yo además, no habrá que mencionarlo explícitamente, sólo con el dinero para unas jaras; este villorrio ni siquiera cuenta con cajero automático. Así voy dando vueltas y vueltas sin sentido, ya conozco todos los abrevaderos. Otra vez paso delante del bar principal. Ella sigue sentada ahí. La vi hace hora y media por primera vez, acomodada en una silla y su pierna derecha apoyándose en otra. Casi

no se notó el vendaje que cubría su pantorrilla, pues estaba parcialmente tapado por la falda larga y ancha. Decido entrar y pedirme otro brebaje de malta lupulada. Con el cristal lleno de liquido burbujeante atravieso el umbral de la puerta, salgo al aire libre, me percató que hay dos sillas libres a su lado, me siento en una y apoyo mi pierna derecha en la otra, imitándola burdamente. No me dice nada, solamente gira su cabeza en mi dirección y me mira con una de estas sonrisas que te matan. Después vuelve su mirada hacia la bulla, mas la risita no para de recorrer sus labios. Lleno de curiosidad empiezo también a observar al gentío. No percibo nada especial, sin embargo, me dejo absorber por los movimientos, los colores, las distintas caras, el corte de los vestidos, las expresiones faciales. El enfoque de mis ojos empieza paulatinamente a descentrarse. La visión se vuelve borrosa, cada vez distingo menos los detalles, no obstante parece, que en cambio el conjunto en sí adquiriera una importancia mayor. Mi mente deja de poner obstáculos, se derrumban filtros establecidos, las impresiones me impactan directamente. El cuerpo relajado, un gran sosiego recorre mis venas. Veo todas las vanidades, las cosas superfluas, las costumbres, las normas impuestas, las etiquetas, las máscaras, todo al desnudo, pero al mismo tiempo presencio verdades ocultas de gran belleza, menudencias indescriptiblemente hermosas, flujo y reflujo de comunicaciones subyacentes; mis músculos comienzan a corvar los labios hacia arriba, de golpe dirijo mi mirada hacia ella y me hundo en sus ojos llenos de jocosidad. Nos sonreímos, no es una carcajada ni una explosión de alegría, es un entender mutuo lleno de felicidad. No sé cuanto tiempo nos hemos quedado ahí, al lado de la puerta del bar, sumergidos en el ruido más infernal disfrutando de una tranquilidad celestial.

El alba pone en el horizonte sus primeros avisos, aún estoy

sentado, la plaza vacía, ella desaparecida, mi cabeza pesa toneladas. Maldita sea, ahora me recuerdo, el pinchazo, 14 kilómetros que me esperan, pero ¿donde he dejado la bici? Seguro que la puse apoyada contra este árbol, mas no está. La busco por todos los partes. No hay ni rastro. Desesperado me siento en una silla y automáticamente coloco la pierna derecha encima de otra. Plas ... todo ha cambiado, la bici no importa, es una accidentalidad, lo sustancial es otra cosa, mi meta, no los obstáculos que se convertirán en desafíos vencidos. Mi ánimo regresa, hay que seguir, la capital me espera, dispuesto a todo emprendo el camino a pie. Apenas salgo fuera del núcleo urbano se para un coche: “¿A la ciudad?”.

Claro, al llegar a la capital de la sierra me doy cuenta que hoy es domingo, los bancos cerrados, compruebo el cajero con el resultado esperado, “Fuera de servicio”. Con la pierna mentalmente encima de la silla decido acometer el regreso a la gran urbe ¿qué más puedo hacer? y en este momento veo mi bici adosada contra la valla del parquecillo municipal, encima sin pinchazo. Seguramente algún asistente a la fiesta provisto de la herramienta necesaria se habrá autoprestado mi burro de acero para la vuelta a casa. Esta vez sí es una carcajada que recorre mi cuerpo. ¿Volver al pueblo aquel y darle las gracias a la desconocida tan conocida? No. Me siento en la silla más próxima, acomodo la pierna derecha en otra y le mando un pensamiento profundo; ella lo entenderá.

## LOLO

"Faltan quince minutos para el comienzo de la función" se pensó Lolo. Cogió su maletín de maquillaje y se sentó delante del espejo dentro de su carromato. Se colgó su corbata exagerada de tono amarillo atroz encima de su camiseta blanca. Se pintó unas pústulas en la cara, marcó sus cejas, coloreó sus labios un poco más rojos, repasó todo con la borla de polvos, buscó la bolita roja, la encontró y la fijó sobre su nariz, sacó sus anteojos de puro estilo intelectual tipo schubertiano, pero sin lunetas, y, finalmente, tomó su sombrero de fieltro y se lo puso saliendo ya dirección carpa.

Hoy era su gran día. Todos los años en la misma fecha, de feria, en el mismo pueblo, San Rollán de arriba, a la misma hora. Ella estará sentada en la primera fila, en la misma butaca. Lolo ya no sabía cuantos años hace que se percató de ella que entonces todavía era una niña. Reía más, aplaudía más, revivía todas sus tonterías, imitaba sus caras, sus risas, sus llantos, le fijaba durante todos sus números firmemente. Y él se esforzaba a sabiendas que su espectáculo gustaba por lo menos a un ser humano, aún virgen, inocente, dispuesto a vivir la vida alegremente. Aquella noche se acostó contento. Durante todo el año se recordaba muy a menudo a su pequeña "fan". El "Circo Maestrani" en el cual Lolo trabajaba, iba de pueblo en pueblo, o mejor dicho de feria en feria. Era un circo bastante chico. Jamás visitaba una ciudad. Ahí no podía competir con todos esos circos nacionales e internacionales. Su refugio eran aquellos pueblos tristes, perdidos que se visten de gala una vez al año.

Así las cosas, no es de extrañar que al año estaba otra vez

ahí, en San Rollán de arriba. Cuando Lolo saltó a la pista, se percató mediante una rápida mirada que ella estaba en la primera fila, la misma butaca. Su corazón latía de alegría. Esta noche hacía más tonterías que nunca, saltaba más alto, cantaba más falso, daba tropezones más torpes, reía más exagerado, lloraba más gracioso. Y claro está que lo mismo pasó el año siguiente, y el siguiente y así todos los años. Lolo ya no sabía cuanto tiempo hacía que San Rollán de arriba se convirtió en su Santiago Bernabeu, su Real Maestranza.

Todos estos y más pensamientos pasaron por la cabeza de Lolo. Entró en la carpeta por la puerta del personal. Se detuvo. Todavía estaba el número de malabarismo en la pista. Lolo tenía ahora 35 años. Era uno de esos payasos modernos que conocen la escuela clásica de los grandes clowns, pero que a la vez han estudiado algo de pantomima y que sobre todo observan la vida cotidiana atentamente para burlarse de ella. Hoy tenía un estreno previsto, aquí, en "su" pueblo. Sonó el aplauso. Era tiempo de salir. Ya en la pista ¡su "fan" estaba donde siempre! el director le preguntó con voz alta si él no le pudiese traer una hamburguesa del Burger más próximo. "Que no" fue la respuesta de Lolo. "¿No ve usted la mesa allí al otro lado de la pista? Es mi nuevo Burger. Siéntese, le voy a servir." Y empezó un macabro espectáculo. La mesa era sucia, el mantel empolvado, Lolo se peinó con el tenedor, se limpiaba las uñas y las orejas con el cuchillo, la hamburguesa le caía al suelo, en vez de servir 'Ketchup' aplastó violentamente un tomate entero encima de la hamburguesa.... Era una imagen fiel aunque desmesurada de un establecimiento de comida basura.

Contento se fue al carromato. A su "fan" había gustado el número, el lo sabía, ya la conocía y además, el publico había aplaudido durante largos minutos. Entrando tiró su sombrero hacia

la cama y se acercó al pequeño, pero necesario frigorífico. Sacó una litrona, la abrió, se sentó en su mesita, llenó el vaso, y exclamando "¡A la mía!" se bebió todo de un solo trago. En este momento sonó la aldaba. "Si, estoy aquí ¡entra por favor!" dijo Lolo y se llenó el vaso de nuevo. Levantó la cabeza y la giró a la derecha para ver quién será que ha llamado. Se quedó estupefacto: era su "fan". "Perdone que interrumpo, pero tengo gana de hablar con usted." susurró ella tímidamente. Ya no era esa niña de hace años, era mujer, 25 años, más o menos, alta, esbelta, la cara finamente modelada, orlada de un precioso pelo rubio, medio ondulado, medio rizado, envuelto en un vestido negro, ondeante, recogido a la altura de las caderas por un cinturón de anillos plateados y adornado con un broche de oro, fijado sobre el pecho izquierdo. "No, no, no hay problemas" balbuceó Lolo "bueno, pues siéntate, pero deja por favor eso de usted, eh me llamo, eh soy, Lolo, sí sí, simplemente Lolo, que quieres beber, pues hay cerveza, hm no muy fría para decir la verdad, así que hay también algo de vino, sea del Condado o de Pitarra, o quieres tónica o una infusión? Bueno hi hi, esto es lo que hay aquí. Tu decidirás." Ella se sentó y se decidió por la cerveza no muy fría. " Pues mira" empezó "para comenzar mi nombre es Manuela. Ya te he visto muchas veces. Me gusta como trabajas. Es que me encanta el teatro, me encanta la pantomima, me encantan los payasos. Pues bien, estoy en un aula municipal de teatro, he visitado algunos cursillos de expresión corporal y en el otoño quiere irme a una academia para estudiar artes dramáticas. Y por eso quiero hablar contigo, quizás me puedas dar algunos consejos, algunos pues no sé que." Y así comenzaron a hablar, primero ciertamente tímido, luego con la segunda litrona un poquitín más relajado para terminar en comunicarse abiertamente bebiendo el vino de Pitarra.

Hay que mirar la vida, intentar de comprenderla, pero con

ternura, con serenidad, así con humor, no la tomes demasiado en serio, lo que hace falta son locos, porque mira a donde hemos llegado con todos estos sabios, si te percatas de las tonterías que se dicen en serio, di algo serio en plan de broma, que la risa es nuestra única protesta digna de vivirla, de expresarla y no te pongas rígido/a porque el ángulo de noventa grados solamente existe en la natura inanimada, en los cristales y metales, mas lo vivo es fluido, es curvado, hace meandros, quiere probar alternativas, quiere jugar con todas las posibilidades, cantando bajo la lluvia, lloviendo bajo el cante, el mundo en ochenta vueltas al día, o más si hace falta, lo único que nos falta son algunos fallos para ser completos, 'gnôti seautón' y ríete de ti mismo.....

Al año, en San Rollán de arriba, Lolo saltó como siempre a la pista. ¡Ella no estaba! Fue la pésima actuación desde que comenzó su andar por los circos. Caminó al carromato pareciéndose más a un perro golpeado que a cualquier otra cosa. Se encerró. Se sentía sin rumbo, vaciado de golpe, perdido como un niño de pueblo en la metrópolis, no tenía gana de nada, se echó encima de la cama, no podía dormir, el consuelo de Morfeo le fue negado esta noche, daba vueltas y vueltas al mismo asunto, cada vez más rápido y más rápido hasta que la fuerza centrífuga le catapultó al cosmos de las ideas inconcretas que aún no habían adquirido forma alguna. Empezó a recomponerse. ¿No hay que tomarlo todo con una sonrisa, avanzar aprendiendo, vivir en el presente, ese lapso de tiempo entre lo no repetible y lo por venir y así visto lo único experimentable? ¿No hay a veces dos líneas férreas que se juntan en una estación para separarse después en otra llegando cada una a su destino diferente? ¿No hay a veces encuentros en el espacio y en el tiempo que luego ya no pueden repetirse porque se ha cambiado el espacio o el tiempo o ambos? ¡Acepta la vida y la vida te aceptará! "¡Que sea así!" se

dijo Lolo y se concedió una copa de coñac manifestando así su estar de acuerdo con todo.

Varios meses más tarde, encontrándose en otro pueblo, ... para los curiosos, se levantó por la mañana, se vistió, se peinó, se bebió un vaso de agua, abrió la puerta, salió, se fue al pueblo, primero al kiosco de prensa para comprarse el 'Mensajero del Futuro', su periódico preferido, dirigiéndose luego a un bar de la plaza ansioso de tomar su café. Hojeaba el periódico como era su costumbre antes de leerlo atentamente. El gobierno en dificultadillas y la oposición sin decidirse, el ministerio del bienestar general con un plan nuevo pensado en el reto europeo, el presidente de no sé que islote de Pacífico en visita oficial de tres semanas, el equipo local de fútbol en peligro de jugar la promoción que más bien se asemeja a una desvirtualización, la corrida de ayer con una caída del torero y no de los toros, el tiempo estable dentro de su inestabilidad, el... ¿pero que es esto? MIMA TRIUNFA EN EL CAFÉ-TEATRO 'EL GATO. Lo releyó de nuevo. MIMA TRIUNFA EN EL CAFÉ-TEATRO 'EL GATO'. No hubo duda. Una Mima. En contra de sus costumbres Lolo empezó a leer un artículo de la penúltima página antes de haber leído los que le precedieron.

## MIMA TRIUNFA EN EL CAFÉ-TEATRO 'EL GATO'

(red)Desde hace tres días actúa en el conocido café-teatro 'El Gato' de nuestra ciudad la mima Lola con su programa en solitario llamado 'Donde estás Lolo'. En una mezcla entre guión fijo e improvisación Lola, representando al parecer una mujer



abandonada, no se resigna con su suerte sino se decide a tomar el asunto en sus propias manos. Quizás la frase clave de toda la noche sea cuando ella dice: "No quiero esperar como tantas y tantos a que viene Godot, voy en su búsqueda". A partir de este momento ella se dedica a buscar a su Lolo por toda la sala encontrando siempre algunas huellas de él sin encontrarle en verdad. Toda una parábola de la búsqueda eterna del hombre. El día 26 del corriente será la última representación de esta obra muy recomendada.

Lolo sintió vértigo. Todo el bar empezó a dar vueltas ante sus ojos. Su corazón iba demasiado lento y de prisa a la vez. Su frente se humedeció por el sudor. Su mano buscó un apoyo en la barra. Con la otra sacó veinte duros, los puso encima del mostrador, claro el café costaba sólo sesenta pesetas, mas se fue sin esperar que el camarero le devolviese el resto. Pálido se encaminó hacia fuera, aire, aire, aire fresco. Pero lo soy yo, es mí, Lolo, Lola, no, si, quizás, imposible, quién sabe. Se sentó en un banco de la plaza. Los ojos con una mirada pasmada sin fijarse en nada. Tenía la impresión de ser un despertador sonando sin que haya nadie para apagarle. No se sabe cuanto tiempo se quedó en aquel sitio antes de levantarse. Pasando por su carromato llegó a la estación de autobuses, a la Capital por favor, se subió, tomó asiento, dejó caer sus párpados....

"Ladies and Gentlemen, Messieurs et Mesdames, Meine Damen und Herren, Signori é Signore, querido público en general: Me complace de presentar a todos vosotros la estrella de esta noche: LOLA!". La luz se apagó, sólo un foco iluminó a una mujer alta,

rubia, con falda de muchas colores y chaquetón negro, gorro de sindicalista y nariz roja de payaso: "Lolo, ya sé que has estado por aquí, estoy harta de esperar a que vengas cuando quieras. Ten cuidado, te voy a encontrar!". Sacó una lupa enorme de su bolsillo y examinando las tablas del escenario cutre murmuró "Claro, tus huellas, número de zapatos grande, deportivos, sucios, ya te pillaré". De repente se daba una semivuelta a la izquierda y recogió un tapón del suelo "Pues aquí también has bebido tu querida cerveza y eso sin invitarme". Lola seguía buscando a Lolo y encontrando distintos objetos que el dejó supuestamente en su camino. El público se divirtió mucho, aplaudió de vez en cuando, hubo gritos de 'Olé', 'vaya, vaya', 'torera' y demás índole de la región. Lolo estaba sentado en la penúltima fila. Ella se adentró cada vez más en la sala. Pausadamente sacó Lolo su sombrero de fieltro, su bolita roja sustituta de la nariz y sus gafas estilo intelectual de tipo schubertiano de su bolsa. Puso todo en su sitio. Lola estaba ahora dos filas delante de él. "No creas que no te encuentre. No te sirva en nada refugiarte en la sombra." El empezó a reírse, suavemente, sin que apenas se escuchaba algo, luego un poco más. "¿Quién se ríe aquí? ¿No lo serás tú, Lolo?" Lola se aproximó. Le vio. "Pero que haces" "Merindo" reventó de risa Lolo. Ya no podía más, se desternilló, se golpeó en los muslos, se torció, ella tampoco pudo detenerse, explotó en carcajadas, y ambos se partían de risa como sólo le es concedido a payasos de verdad. A veces hay otro encuentro cambiando el espacio o el tiempo o mejor ambos.

## HORA FINAL

Eran las cinco de la tarde. Sin cesar caía la lluvia, suave y ácida, gris el cielo, no se sabía si de nubes o de humo, el ruido monótono, una amalgama sin que se pudiesen distinguir sus ingredientes. Él la miraba, ella devolvía su mirada. Un chorrillo fino de agua sucia se colaba por la gotera del paraguas mojando su hombro derecho, aún no haciendo efecto sus componentes químicos. Ellos estaban ahí esa tarde fijándose con sus ojos a escasos metros del tan famoso edificio que lucía letras áureas diciendo "The Japanes Torre de Oro Holding Bank Ltd." en cinco idiomas incluyendo el árabe y, por supuesto, el japonés. En la línea casi no distinguible entre gris y gris que representaba al horizonte había otra torre, esta vez de humo negro. La Sierra Morena ardía, lejos y presente a la vez. El viento soplaba del oeste llevando consigo los fragantes aires del complejo petroquímico "Costa Doñana". Nada indicaba la estación, excepción hecha quizás por algunos adolescentes que, con sus tambores de acero inoxidable, caminaron detrás de una extraña figura de plástico representando un mito de una época ya condenada al olvido humano. Ellos no lo vieron, estaban hundiéndose el uno en el otro explorando verdades escondidas, sólo accesibles al lenguaje no hablado pero sí comunicado. Tampoco observaban como se encendieron en la cima de la Giralda las luces frágiles de neón formando un puño verde que sustentaba una rosa roja. No. Este mundo ya no era suyo. Buscaban algo distinto, algo con color, algo con silencio, algo con olor, algo palpable, algo que era suyo, suyo y no de otros, algo que merece la pena de soñar, un origen perdido, un rumbo nuevo, una meta para retornar. No se sabe cuanto tiempo estaban ya ahí explorando sus ojos. No prestaron atención a nada, a

nadie. No a los anuncios avisando el vigésimo octavo aplazamiento de la EXPO, no a la gente que salió de las oficinas del "Ministerio de la Economía Sumergida", no a la ambulancia de la "Inseguridad Asocial" que buscaba desesperadamente su camino por el denso tráfico para llegar cuanto antes al centro terminal "Reina de turno", no a las sirenas anunciando la llegada del tren de alta velocidad con sus tres horas de retraso habituales, no al lecho vacío del Río Grande habiendo sido trasvasadas sus aguas a tierras sufridas por las sequías consecutivas, no a los alumnos de la escuela taller para la restauración de las artes sociobailables "Madre del Rocío" cuyo titular era el ilustrísimo ayuntamiento, no a las cazabombarderos de la base conjunta ruso americana de Rota/Morón sobrevolando la ciudad protegiéndola. No. Definitivamente no. Ellos intuían que hay otro camino de evasión, otro, que no era irse los fines de semana a los sitios protegidos de recreación sociocultural, ni refugiarse en su chalet mirando interminables telenovelas en innumerables canales estatales, autonómicos y privados sea por satélite, sea por cable. En este momento hubo sólo uno, sin retorno, sin meta pero con salida, un camino libre, definitivo. Como si fuese un número bien estudiado de un ballet levantaron lentamente sus manos, buscaron con ellas la cara tan querida del otro, la acariciaron, la exploraron, encontraron las cerraduras, las abrieron, se quitaron las mascarillas, se besaron...

Eran las cinco y diez de la tarde. Dos cuerpos encogidos estrechándose las manos yacían en el suelo. Llovía sin cesar, ácido.

## EL CONTROL

Maldita sea, se dijo, ¿qué coño voy a hacer ahora?, esos cabrones, ¿pero que pintan ahí? ¡Salvo fastidiarme la fiesta aún más! Con mala leche pisó abruptamente el pedal de freno, los ojos fijos en esa lucecita azul que se asomaba encima del horizonte. Por lo menos me percaté a tiempo, pensó acelerando el coche al girar ciento ochenta grados para alejarse cuanto antes de la zona de peligro. No hay derecho, todos los sábados, y encima hoy con mi papa tan gorda. ¡Pero cómo se atreven! ¿Eso es la libertad prometida, la vida sin represión, el futuro europeo, el resultado de la transición? ¡A la mierda con todo esto!

Y ahora ¿qué? Cantarrana o la Plaza de Toros, tiene que haber un pendiente, es que la batería ya no era la más nueva, no podía ser de otra manera, esto era su estilo de vida y no otro. Finalmente se decidió por Cantarrana, detrás del mercado hay apenas tráfico o transeúntes a esta hora. Con dedos lentos examinó las bolsillas de su chupa, izquierda - derecha, arriba - abajo, nada, abrió la puerta del exprés rojo y poniéndose de pie registró sus pantalones. Lo que faltaba: estaban en la faltriquera del culo, arrugados, curvados, hechos una pena, mas ¿qué vamos a hacer? Se llevó uno a la boca y prendió fuego al pitillo. Con un movimiento rápido se deslizó al interior del carro y cerró la puerta. La noche estaba clara, la luna llena y la pelona al caer.

Todo comenzó tan bien: Querría ver el fútbol en La Morera junto con sus amigos de siempre disfrutando de una o más cervezas marca Guinness como era costumbre suya. Ya estaba apoyado en la barra, el cáliz lleno del liquido negro y espeso en mano, el equipo

visitante acaba de marcar el primer tanto de una goleada anunciada, cuando apareció ella en el marco de la puerta, delgada, fina, su sonrisa tentadora recorriendo los labios y destellos de alegría emanando de sus luceros azules "Venga tío ¡vamos nos!" fue su saludo y cinco minutos más tarde se encontró dirección Aracena para ver, asistir, celebrar, o lo que sea, los rehiletos. Ella no solía beber y le había prometido de conducir el coche en el camino de regreso, si hiciese falta.

La verdad es que él no la había visto durante cierto tiempo. Parece mentira que en una sierra tan chica con tan pocos habitantes la gente se pierde tanto, pero la realidad fue que bailaron el último rap en la feria de San Juan del Repilado, hace medio año Y ahora estaba a su lado, indagando todo con su curiosidad natural. Abrió la guantera, removi6 todo, cogi6 esto s6 y lo otro tambi6n, pregunt6 acerca de todo aquello y le observ6 la cara de vez en cuando.

Le era dif6cil contar todos los fuegos que hab6an visitado, m6s todav6a recordarse de cada uno de los vasos con mosto de la tierra, eso s6, que empezaron en la Plaza Alta y terminaron en la Discoteca, 6l por el ansia de engullir unos cubatas para rematar la faena y ella a causa de haberse encontrado con un amigo viejo que llevaba el mismo destino. Pues, 6l con su autoestima lo dejaba suceder, jams cre6a que una mujer podr6a descantarse por otro en su presencia, as6 que no prest6 la atenci6n debida y al vaciarse la discoteca se daba cuenta que ella ya no estaba. La muy puta se habr6 ido con ese t6o abandon6ndole a su suerte.

El fr6o empez6 a subirle lentamente. Arrancar el motor poner la calefacci6n en marcha hubiera sido la soluci6n, pero 6l en su dejadez no hab6a previsto la posibilidad de tener que pernoctar en la capital, ni el desvi6 por Al6jar para eludir el control de los verdes,

contando exactamente con la gasolina necesaria para llegar a casa y por la mañana hasta el surtidor de la Nava. Es la última vez que saco las mantas del coche para lavarlas, ya se ve a que conduce todo esto, maldijo su situación sin abrigo y con la escarcha encima de la carrocería de su máquina. La ley de serie, o la de Murphy -"La probabilidad que la rebanada se cayese por la parte untada es directamente proporcional al precio de la mantequilla, a la pegajosidad de la mermelada y el valor de la alfombra"- es de un cachondeo supremo si uno la discute con amigos en un bar, pero ¡cómo cambia la cosa! si te afecta en una noche helada.

Sin mantas o Wisky - como demostró la búsqueda por todo el coche - para calentarse, la única salvación que le quedó era moverse, dejar la furgoneta mixta donde estaba y dar una vuelta a pie, quemar calorías en los músculos para mantener la temperatura corporal encima de 35 grados centígrados y ¿que mejor que una subida al castillo? Tomada la grave decisión bajó por la calle Mesones, los bares obviamente cerrados, cruzó el Paseo sin la bulla de los niños jugando bajo las miradas atentas de sus madres, atravesó la Plaza Alta en silencio, pasó por delante del cabildo viejo, las primeras gotas de sudor empezaron a cubrirle la frente a pesar de lo cual no disminuyó su andar.

El vaho blanco de su aliento le guiaba por la oscuridad hacia el recinto medieval lleno de leyendas templarias. Una neblina alba subía las laderas, unas torres ya estaban sumergidas en cortinas transparentes iluminadas por la luz argéntea de la luna. Le quedaba aún un pitillo, el último, dubitativo se lo metió entre los labios y le prendió fuego, ya no me importa nada, mañana será otra desgracia, lo que cuenta es el ahora, el resto vendrá de todas las maneras. Con los ojos perdidos en el horizonte rastreó el contorno sin saber el

porqué. En la lejanía vislumbró una sombra que parecía moverse. Inseguro de si mismo - podría ser una alucinación, o el comienzo del delirium trémens - pero demasiado cansado para entregarse al pánico intentó centrar su mirada indagadora en la dirección de la aparición misteriosa, mas la bruma la sustrajo de su vista. Lleno de curiosidad - en el fondo era todavía un gran romántico, siempre en busca del absoluto, y por eso la vida le hirió sin cesar - penetró en la niebla cada vez más espesa. Había perdido ya el rumbo, a ciegas se movió por la hierba que corona la colina, tiró la colilla apagada, pero coño, ¿qué cosa es esta? fue como un rozamiento, y otro, una mano empezó a acariciarle la cara. Él no oponía resistencia alguna, demasiadas cosas ya habían sucedido a lo largo de esta noche, vigilia de la Inmaculada, para no estar derrotado y aceptar todo que venga. Realidad o sueño, que conceptos equivocados, al diablo con todo esto, lo único verdadero son los putos sentimientos que te hacen mella en el alma, el resto no vale un duro, entrégate al presente, ese puente entre lo que ha sido y lo a venir, ese dulce momento ínfimo de impacto total. Cerró los ojos y se dejó caer en los brazos de ese fantasma desconocido. No obstante se llevó un buen sobresalto cuando escuchó la conocida voz llena de ternura preguntándole: ¿Me llevas a casa?



## SIN GLORIA NI CENA

La carta llevaba el matasellos de São Martinho. Adalberto la abrió.

*"Querido Adalberto,"* empezaba. *"Nuestro encuentro me ayudó mucho a encontrarme".*

Claro, como voy a olvidarlo se pensó, eran las once de la mañana, después de visitar a un cliente me fui con el coche a casa. Llovía. En la general la vi haciendo autostop. Me paré y ella se montó, dirección Portugal. Se llamaba Gloria. Era una rubia, veintiséis años o algo más, alta, delgada, no muy bien vestida, deportiva, alegre, sin make-up.

*"La invitación a tu casa fue una sorpresa".*

Visto el mal tiempo no me parece tan extraño invitar a una autostopista.

*"Ya la casa en si".*

Esta situada en un pueblo serrano, no en el centro, ni en las afueras. Delante hay un pequeño rosal, todas las rosas estaban en flor.

*"De la bienvenida no digo nada".*

Bueno: especialidad de la casa. Esa alquimia llamada Dry Martini, tan simple, tan magnífica, una parte Vermouth seco y cinco partes ginebra, con su aceituna obligatoria. Y 'Les Délices Hélietia', queso mezclado con clara de huevo batida al punto de nieve, pasado por ralladura de pan y luego frito en aceite caliente, que acompaña perfectamente cualquier cóctel.

*"Me sentí en la Gloria. Después, el Hors d'oeuvre que preparaste y el vino que pusiste para beber".*

Buen truco el tener un congelador y un microondas. Sacadas dos cazuelas con 'Scampi Termidor' las metí en el horno. Si, a mi me gustan las cigalas así preparadas con coñac, trufas, bechamel, mostaza, mantequilla y nata. El vino era blanco, seco, un 'Grüner Veltliner' de Austria. Dos cosas que combinan a la perfección.

*"Casi no me percaté como preparaste el almuerzo por la gran rapidez y maestría de tu arte culinario. Creo que jamás antes comí cosa semejante, la carne rellena, la coliflor con salsa holandesa y el arroz de setas".*

Pues no estaba mal el filete relleno con jamón y queso llamado 'Cordon bleu' ni el 'Risotto coi funghi', ese arroz que además lleva vino y azafrán. Tampoco lo estaba la coliflor con esa salsa magistral de yemas, zumo de limón y mantequilla. Y el vino de cuerpo que encontré un día en una bodega perdida de Zafra.

*"Pero lo mejor para mí fue el postre tan raro que preparaste en el horno".*

Pues muchos alucinan con el 'Baked Alaska', biscuit fino con una capa de frambuesas mojadas en licor y helado de vainilla encima, todo cubierto de merengue.

*"También la música era muy agradable".*

Claro, para cada comida su ambiente musical. Primero el Gary Burton Quartet, Jazz de transparencia para el aperitivo. El Hors d'oeuvre necesitaba un sabor a mar, a Sur, porqué no folklore griego, un sirtakis. Acompañando el plato principal algo divertido y majestuoso a la vez, la sinfonía número 104 de Haydn.

*"Todo estaba perfecto".*

Pues sí, soy así. Que no era la primera ni la última vez que tenía alguien invitado en casa.

*"Demasiado Perfecto".*

Eso no entiendo.

*"Me daba cuenta de que tú no eres lo que me falta. Por eso me fui tan de repente".*

¡Oh si! Jamás voy a olvidar esto. Me fui a comprar salmón para la cena a la tienda de otro pueblo mientras ella dormía la siesta. A la vuelta abrí la puerta llamando con voz bajita a Gloria. Nada, silencio. Me fui al dormitorio. Vacío. Al comedor. Nadie. Al cuarto de baño. Ninguna persona. Ella no estaba. Ahora hace cinco días que se fue.

*"Me encuentro ahora en una playa, con un chico de mi edad. Con un chico que quiere descubrir el mundo conmigo. Sabes Adalberto, con un tío como tú, esto no es posible. Tú conoces demasiado. Sólo podrías mostrarme tu mundo, un mundo frío, un mundo sin el calor de la aventura, un mundo donde no se pueden cometer errores, en fin un mundo perfecto. Sin embargo, yo quiero lo imperfecto, lo mejorable. Prefiero mi bocata, mi saco de dormir, mi libertad de equivocarme y así aprenderé mi felicidad. Besos. Gloria".*

Lentamente Adalberto abrió sus manos dejando caer la carta al suelo. Se quedó muy pensativo. De almuerzo comió un bocadillo sentado debajo de una encina no lejos del pueblo.

# LEYENDAS

No hace mucho tiempo, una noche, la cual nunca olvidaré, llegué a una ciudad que se erige sobre una loma muy pronunciada dominando la llanura aluvial proveedora de tanta riqueza para los habitantes del lugar. Envuelto en un misterio indescifrable me acerqué a la entrada del casco urbano. Delante de mi mirada se alzó una puerta monumental iluminada por la luz plateada de una luna llena saliendo indemne del último eclipse de este siglo. Sus cimientos formaron cuadros toscamente labradas que indicaron las raíces pretartesias del recinto. El siguiente eslabón mostraba el paso de arquitectos púnicos, que cedieron su trabajo a los artistas de Imperio Romano. Las almenas ponían de relieve la importancia de la ciudad durante el dominio árabe, no en vano fue corte de un reino taifa. Al fin, por algunos adornos barrocos pude deducir que el sitio prosperaba también después de la reconquista, ya que el oro de las Indias pasaba por aquí en su camino hacia la Metrópolis. La calle me esperaba oscura detrás del arco principal, pero me negué a entrar aún, retrocedí algunos metros para contemplar esta maravilla durante un tiempo no determinado. Finalmente no pude resistir más y obedeciendo a una llamada secreta entré por el umbral para introducirme en un mundo lleno de encanto y magia. La iluminación artificial de la urbe se impuso suavemente a la luz selénica sin molestar. No se veían transeúntes, parecía un jardín virgen de muros esculpidos, de esquinas redondas, de callejuelas empedradas, todo sólo para mí. Tranquilo vagué por las entrañas de la villa, no era la primera vez que me perdí por este lugar, pero nunca ha sido por la noche. Aproximándome a la plaza divisé alguna gente, luego más personas y sin darme realmente cuenta me encontré metido en una

fiesta popular. Bombillas colorados en forma de coronas colgaban en medio de la calle, el aire pesado tenía olor a freidoras, música folclórica de la tierra, compás de tres por cuatro, envolvía el ambiente, caras sonrientes, llenas de curiosidad, niños traviesos, padres generosos, parejas mano en mano, abuelas alegres, toda la zona sin coches que estorban, todo de gala, preparado para ....

Exactamente esta era la pregunta que me hice. Me dirigí a un bar, pero desistí de entrar a causa de la bulla, que me impedía el paso, así que me fui a un puesto de cerveza y me sirvieron el zumo de cebada en un vaso de plástico. “¿Qué santo tiene el honor de ser celebrado de tan magnífica manera?” quise saber del tendero. “¡Qué sé yo! No se trata de fiestas patronales, ni de virgen alguna, la idea de la velada surgió espontáneamente entre los vecinos, es la primera vez que sucede, y que yo vivo aquí ya más de ocho lustros” era su información. Vacié el vaso y abriéndome paso caminé hacia la plaza pequeña que se encuentra entre la iglesia y el ayuntamiento para entrar en una de esas tascas que tanto me gustan. Esta vez sí me sirvieron la cerveza en una jarra de cristal transparente. Sumergido en la masa que se arrojó entorno a la barra, tropecé con un típico intelectual fácilmente reconocible por sus gafas estilo León Bromstein. Decidí interrogarle sobre la fiesta. Según me contó, el formaba parte de la comisión de festejos. Un buen día, alguien tenía la ocurrencia de montar una verbena en esta estación extremadamente vacía de celebraciones populares. Se halló un motivo, el regreso de la princesa mora, última sobreviviente a la reconquista castellana, que, logrando escapar, juró volver un día para retomar el mando de su reino perdido, sea ella misma, sea una descendiente suya, habiéndola traicionado todos los hombre, principalmente de su propia familia, de manera tan cobarde. Bebido el líquido amarillo, salí una vez más a la calle para dejarme llevar por la corriente de

bullicio.

Por callejones estrechos, cuevas empinadas, correderas anchas deambulaba, hasta que vi a una mujer joven sentada en una terraza algo fuera del recinto festivo. Era morena, ojos en forma de almendras, que destellaban alegría, pelo lacio, no demasiado corto y teñido de henna, orlando un rostro lleno de curiosidad inocente, una risa casi imperceptible recorrió sus labios finos y rectos, la blusa blanca adornada con motivos hipíes cubría sus hombros, el viento mecía ligeramente la falda sembrada de ornamentos dorados, que dejó adivinar unas piernas esbeltas. Me paré en seco, millares de neuronas se encendieron al instante: Flash. No hubo más: FFF LLL AAA SSS HHH. Me dirigí a su mesita y con la voz más tonta la pregunté, si se dejara a invitar a una copa. Me miró con ojos llenos de jocosidad: “¿Por qué no? Hombre, pero debe ser una copa de helados en una noche no precisamente fría”. Accedí y me senté a su lado. En el transcurso de nuestra charla llegué a saber que ella no era de este lugar sino de tierras situadas más al norte, cosa que me también delató su acento con la última sílaba algo alargada. Mientras ella mantuvo el bol con sus manos delgadas, sin callos ni rastro de trabajo duro, para sorber los restos líquidos que quedaron del helado, propuse mostrarle la ciudad, cosa que aceptó encantadísima. Así que me encontré otra vez subiendo la pendiente dirección a la plaza, sin embargo ahora acompañado por una belleza sin par. Su interés por todos los detalles me llamó la atención, quería saber la historia entera, preguntó por los escudos labrados de las casas señoriales, indagó los nombres de las callejuelas y plazuelas, no se cansaba de mirar, parar, observar, jamás me sentí tan feliz haciendo de cicerone.

Pasada ya la media noche cogí suavemente su mano izquierda y la guié por la bulla hacia una explanada cerca del

parador. No se me había escapado que los carteles anunciaban unos magníficos fuegos artificiales. Envueltos por un sonido estruendoso e iluminados por un cielo refulgente no pude oprimir mi curiosidad por más tiempo. Con voz dulce le dije: “¡Dime! ¿Por qué te fascina tanto este lugar? Pues no me parece normal tu ahínco de querer saber todo de este lugar, siendo de una región distante”. “Mira” me respondió “Mis dos apellidos son como el nombre de esta villa. Desconozco la causa de esta coincidencia, sin embargo, dicen en mi familia que algún día volviese a este sitio, y hoy se ha cumplido”. Le contesté en media broma: “¿Y qué, cómo te gusta tu ciudad?”. “Me ha sorprendido, estoy totalmente feliz, espero que los habitantes lo sean de manera igual, lástima que mañana por la madrugada tengo que coger el autobús, ignoro si regresaré un día, pero no es malo conocer su ciudad” me afirmó con su risita angelical. Tomado el cielo otra vez por la luz plateada paseamos lentamente sobre los adoquines sin que hubiera gente que nos molestara. Al final llegamos a una alameda donde nos sentamos en un banquillo debajo de una copa frondosa. Hablamos de leyendas, contamos historias de princesas embaucadas, de caballeros andantes, de moros y cristianos, de romanos y celtas, de tartesios y púnicos, mil relatos llenos de magia y sin darnos cuenta caímos en un pozo de ensueño, me perdí en sus luceros oponiendo ninguna resistencia, su encanto me llevó a países jamás conocidos, pisé el paraíso lleno de bienaventuranza ...

Un rayo de sol que se asomó encima del seto enfrente me cosquilló la cara, abrí los párpados, miré a mis alrededores, me encontré solo, ni rastro de mi compañera de anoche, me froté los ojos, nada, o ¿qué si? ¿Qué era esto que me rasgaba el cuello? Una fina cadenita con colgante mudéjar luciendo el escudo de la ciudad. Sobresaltado me levanté y empecé a recorrer las calles sin rumbo aparente, no obstante en búsqueda de algo muy concreto. Exhausto

dejé mi persecución loca para entrar en un bar mañanero y pedir una copa de aguardiente. Necesitaba pensar, ordenar mis impresiones tan inconcretas, encontrar un punto para volver a este mundo. Al pagar el camarero me sentenció: “Vaya rollo de princesas moras, todo leyenda, sin sentido”. Sacudido por una carcajada le repliqué ya debajo del umbral de la puerta: “¿Leyendas? ¡Quién sabe!”



## LA SOLEDAD

Luis entró en el pub como siempre después de un concierto. Seguro de si mismo, los ojos vivos controlando el ambiente, el movimiento de las manos lento, reposado, el andar casi rozando el baile. Se dirigió a la barra. "Ponme un JB, sólo con hielo" dijo con voz alegre. Estaba todavía pensando en los últimos aplausos del público. Se halló satisfecho, hecho el trabajo, la noche era suya. Le gustaban los pubs. Se podía hablar. Su público estaba ahí. Le reconocían. Le tenían respeto. Era cuando más se sentía un artista, más que en el escenario, porque en frente de esa masa amorfa, formada por los asistentes a sus conciertos que habían depositado toda su individualidad para convertirse en público, el ejecutó simplemente su show en un plan, que se asemejaba bastante a una masturbación mental. Ahora escapado del escaparate frío buscaba el calor de la compañía de uno o dos individuos concretos. "Hola, perdone, ¿pero tú no eres él que tocaba en la Macro?". "Si, no puedo negarlo". Empezaron los trámites, el ritual exploratorio de cada noche. Lo de siempre, va durar entre cinco y quince minutos hasta encontrar un contertuliano válido, pensó Luis. "¿No te sientas un rato con nosotros en aquella mesa?". "Claro, pues si ¡cómo no!" respondió. Se acercó a la mesa, removió una silla y se sentó con su sonrisa habitual de hombre de mundo. "¿Cuanto tiempo ya llevas tocando? ¿De donde vienes? ¿A donde vas? ¿Donde te quedas esta noche? ¿Te gusta nuestro pueblo?.....". La parte más aburrida en la vida de uno que vive en la carretera. Cantidad de veces se encontró con la tentación de inventar un curriculum vitae imaginario aplicando su creatividad no sólo a la música, si no también a la fábula. Para él eso no era mentir, era una manera de jugar, de

divertirse convirtiendo fríos datos exactos en dulces posibilidades alternativas. Imperceptiblemente viró la conversación hacia otros temas. Primero pausadamente. "Yo también conozco este sitio". "Que bien se come allí". Luego cada vez más rápido. "Curioso lo que piensan allá de la política". "Vaya, ¡que costumbres más raros!" Para acabar en una charla de profundo sentido filosófico. Había una mujer llamada Soledad a su lado que despertó su interés. Ella hablaba con gran tranquilidad, convenciendo únicamente por sus argumentos sentados, por su punto de vista global, por la sencillez de sus conclusiones, sin el anhelo de querer imponerse. Luis se encontraba a su gusto. Definitivamente esto era su ambiente. Admitir, negar, poner en tela de juicio, conceder, estar de acuerdo, expresar su disconformidad, empezar una explicación que se corta sin más que comenzar, encender el turbo, relajarse escuchando a otros, buscar una cita de alguien que escribió libros para ser citado, presentar los últimos descubrimientos de la investigación científica recientemente leídos en no sé que revista, irse a los servicios y constatar al volver que ya se habla de un tema nuevo, intentar otra salvación de la humanidad, exponer un programa político capaz de traer la felicidad a todos .... "Nos vamos a otro sitio, ¿tú vienes también con nosotros?". Era Soledad la que le preguntó. Luis despertó de su ensueño. Se montó en su coche. Se fueron a una terraza de verano y de moda. Siguieron charlando. Ella le rozó con su cuerpo. Parecía causalidad. Pero al repetirse ya no tanto. Empezaron a acariciarse las manos. "¿Donde dormirás esta noche?". Esta vez la pregunta no formaba parte del ritual. Iba en serio. "No lo sé, quizás en mi coche" respondió él. "No seas tonto, mira yo tengo una casa, vente conmigo". Luis aceptó. Se despidieron de los otros. En el camino se pararon en un bar que solía abrir por la mañana temprano. Churros y chocolate. Hablaron. Dejaron la gran política.

Hablaron de si mismos. No de coqueterías intelectuales. Hablaron de experiencias. Hablaron de entender, no de convencer. Empezaron a abrirse el uno para el otro. Ya en casa continuaron hablando. Cada vez menos con palabras, cada vez más abiertos. Eran dos almas que se buscaban. De repente Luis notó algo extraño, era algo como miedo, como una advertencia. Se sintió solo, totalmente solo. Y eso en los brazos de una mujer. Su materia gris se puso en alarma. A velocidad de luz examinó la situación. Estaba la mujer, dispuesta a unirse con él. Unirse significa abrirse totalmente, aniquilar el ego, diluirse en el cosmos, entrar en la más profunda soledad para entregarse solito a un otro ser que padece la misma soledad, la misma ansia. Aún tenía la libertad de decidirse, luego sería un camino a sitios insospechados, sin retorno. Todo dependía de él, de él solo. Se veía desamparado, sin ayuda ante esta responsabilidad de dejarse llevar a la irresponsabilidad de sumergirse en un otro ser con salida nada definida. Tenía espasmos en el vientre. Su cabeza amenazaba con reventar. Su corazón palpitaba. Sudor le cubrió todo el cuerpo. Se mareaba. Corriendo, sin decir nada se fue al cuarto de baño. Vomitó. Cogió su abrigo, se lanzó a la calle con un grito mudo en sus labios.

## LA FLOR

Ya no se acordaba de donde venía, ni sabía a donde iba, cuando pisó por primera vez aquel prado. El sol primaveral lucía débilmente a través de la fina cortina tejida por la neblina matutina. Incontables gotas de rocío centellaron sobre las hojas verdes de la hierba fresca. Silencio era el único sonido audible, interrumpido de vez en cuando por el susurro del céfiro que llevaba consigo el gorjeo de un pajarito madrugón. Se dirigió hacia una piedra que se encontraba al borde del claro y se sentó encima del musgo que la envolvía con su esmeralda como si fuese un mantel satinado. Despacio paseaba su mirada por todo su alrededor, no observaba nada en concreto, era más bien un capturar de emanaciones que surgían de este sitio, un dejarse llevar por la magia del lugar. Estaba algo cansado de tanto caminar, la mayor parte de su vida se había pasado andando, aparentemente sin rumbo fijo, aunque en el fondo tenía la convicción firme de ser esta senda la suya y que al final se le revelara el sentido y la meta última de la misma. Colores tenues entraron por sus pupilas y le inundaron de una melancolía alegre, “Bonjour Tristesse”, su respirar fue lento, apenas se notaba al latir de su pulso, tranquilidad y sosiego le invadieron y le levaron a esa región onírica que dista lo mismo de la tierra como del cielo. De repente se dio cuenta, que su mirada se detenía siempre al pasar por el centro de la pradera, columbró una mancha de una tonalidad ligeramente distinta a esta acuarela de colores verdosos mezclados con rojizos, amarillentos, azulados. Se levantó y pausadamente se acercó al móvil de su interés. Ya lo vislumbró mejor, parecía una flor normal y corriente, pero al acercarse más le resultó cada vez más extraordinaria sin poder explicarse el por qué de este hecho.

Empezó a buscar rasgos para clasificarla, determinar a que familia, a que género perteneciese y en ese momento se dio cuenta de la imposibilidad de tal cometida. Tenía aspecto y forma de rosa silvestre, pero sin las dolorosas espinas, mientras sus pétalos lucían un tinte orquidáceo con tonalidad negruzca. A pesar de que a primera vista las diferencias no eran muy llamativas hubo algo que le cautivó, sólo le era imposible decir qué. Así decidió quedarse un tiempo por esta región, no tenía rumbo fijo ni meta establecida y si alguien encuentra un hecho singular, en la mayoría de los casos sirve para algo, si bien al inicio escapa la razón última.

A partir de este momento se le veía muchas veces acercarse por el bosque colindante al claro. Normalmente se sentó en la proximidad de su flor y la contemplaba con su mirada perdida. En algunos momentos habló con ella intentando profundizar en sus secretos. Cuando el sol quemaba con su ardor estival los inquilinos de la pradera, él traía agua para su querida, le quitaba los caracoles y orugas, la protegía contra el vendaval, en fin, la mimaba como si fuese su ojito derecho. Tampoco se olvidaba de las compañeras, quería verla rodeada de belleza resaltando de esta manera aún más su hermosura sobrenatural. Cada día que pasaba aprendió algo nuevo de ella, así un día se percató que sus hojitas no eran dentadas, sino más bien festoneadas, otro vio que la nervadura de sus hojas era digitada, como si se tratase un palmo de mano abierta y acogedora, un tercero se daba cuenta que el cáliz estaba aterciopelado, un cuarto descubrió el color áureo de sus numerosos estambre, un quinto cayó en la elegancia estilista de los pecíolos. Solamente había una cosa que le entristecía, no sabía qué ella sentía por él, no podía hablar, o, quizás se negaba a comunicarle sus emociones, ya que en este mundo mágico todo era posible de una u otra manera. Sin embargo pensaba que ella tenía que apreciarle puesto que florecía cada día

más, sus hojas no se marchitaban, su tallo vigoroso jugueteaba con los airecillos, incluso tenía la impresión que sus pétalos formaban una risita llena de ternura.

La climatología empezaba a cambiar anunciando la llegada del otoño primero y del invierno después. El seguía con sus visitas al templo de felicidad y una tarde aconteció. Se sentó como de costumbre al lado de su admirada y empezó a contarle una historia, probablemente la suya propia. Paulatinamente se sumergió en esta conversación inverosímil, le pareció que por vez primera obtuviese una respuesta, se dejó absorber, quitó los pocos obstáculos mentales que aún le quedaban y se fue al último viaje, al definitivo, al encuentro con su meta postrera simbolizada por su amor. De pronto entendió todo su significativo más absoluto, el por qué de la flor, los sentimientos mutuos, su cara empezó a radiar una felicidad celeste, de su cuerpo emanaron rayos de paz total ...

Cuando a la mañana siguiente la gente encontró su cuerpo encorvado, uno comentó, que seguramente alguien le había robado el alma. Le enterraron en el cementerio del pueblo como le habían hallado, con una flor en su mano derecha.

## LUNA LLENA

Drrringg. El teléfono. Maldito sea. Victoria encendió la lámpara, consultó el despertador, las tres y cinco, se levantó con algo de dolor de cabeza, claro, había bebido a noche o esta noche mejor dicho, se acercó a la mesita, ¿quien será? ¿a estas horas? cogió el auricular, gruñendo diga y pensando calla, quedándose con la boca abierta, no pudo responder, buscó con la izquierda en un movimiento casi no controlado la silla, que tiene que estar por aquí pero donde, la encontró y poniéndola en posición adecuada se dejó caer sobre ella para quedarse finalmente sentada. "Repítalo por favor" dijo con voz atónita.

Dos minutos más tarde y vestida ya, cerró de golpe seco la puerta del Siesta arrancándole a la vez. No había cabida para finuras, Victoria pisó el acelerador a fondo. Conducía como un robot, fría, automática, con movimientos lentos, demasiado seguros, rígidos los ojos, los labios cerrados formando una línea fina, recta, apenas visible, reposado el aliento. Tenía la impresión que fuese el coche parado y pasase el paisaje corriendo, cosa frecuente en los estudios de Hollywood, corriendo el paisaje iluminado por la luz falaz de la luna llena plateando unos árboles y sumergiendo otros en un mar de sombra azul, parda. A pesar de la imagen de concentración total que ofrecía Victoria nada más lejos que esto, pues su interior era un volcán en plena erupción, un accidente geográfico sacudido por un terremoto de intensidad 12 en la escala de Richter, un atolón padeciendo un ensayo nuclear francés, su cuerpo era el ojo del huracán, su mente el vendaval que movía todo, lo conjuntaba y lo dispersaba, lo subía y lo bajaba, lo echaba para dentro y para fuera, no había ley ni regla, pura energía desatada por una simple llamada

telefónica comunicando que Lázaro había sido ingresado en el hospital comarcal a consecuencia de un accidente de tráfico. Sus pensamientos daban mil y una vuelta al mismo asunto, un torbellino encerado en si mismo, el alcohol, el coche, puedes conducir, el enfado, que no, que sí, me voy, loco, loca, porque, te llevo, ni pensar, ciego, borracha, pero que dices, la puerta cerrándose, el ruido del Kadet que se aleja, porque, y ahora ...

Era una hora menos en Canarias cuando Victoria entró en el hospital, no por la puerta grande sino por la de urgencias, por donde había pasado él, pensó ella, que habitación por favor, accidente de coche, si ,familiar ... los trámites, no se fien ni de ti, el ascensor fuera de servicio, por algo hay escaleras, subió a la planta indicada, frenó sus pasos, se retuvo, el 115, por que lado será, buscó con sus ojos el indicador en la oscuridad, por la izquierda, se acercó, la puerta estaba media abierta dejando paso a un rayo de luz débil que pintaba una raya, no se sabe si separadora o no, sobre las baldosas grises del corredor interminable. Encogida empezó a abrir suavemente más la puerta dirigiendo su mirada hacia la cama. (¡Lázaro! ahí yacía, aún no despierto del todo de la anestesia, un tubo entraba por la nariz, otros dos se perdieron debajo de la manta, el brazo derecho en yeso, la cabeza vendada, los ojos cerrados, la respiración lenta y dolorosa, interrumpida por ayes y hmes.

A Victoria se contrajo su corazón, su eterna acción de pensar se paró de golpe. Un vacío sepulcral la inundaba, los sentidos dejaban pasar todos los estímulos sensuales sin la selección habitual, todo era todo y nada era nada, ahí había algo sufriendo, algo que padecía, algo que aguantaba, algo querido, algo importante, algo que no se sabía si está dentro o fuera, si está en el corazón o en la mente. Ella ya no podía más. Con la mirada perdida en el abismo del tiempo



deambulaba por el Comarcal en búsqueda de una salida, la halló, salió, subió al coche, se fue, no importaba a donde, si a casa o no, nada tenía importancia, todo era irreal, todo sucede porque tiene que suceder, no hay elección posible, nada todo, todo nada, dos más dos son cincuenta y cuatro ¿por qué no? y yo soy libre y no lo soy, vivir es aceptar la vida, la única condición que existe, y la vida es la muerte, la muerte da vida, el reciclaje cósmico ... De repente se percató de la curva, una curva cerrada. Se interpuso otra imagen, Lázaro en el hospital. Cambio. La curva, la cuneta. Como diapositivas. Inmóviles. Fijos. Intercambiándose. Lázaro, la curva, el hospital, la cuneta. Cada vez más rápido. Curva, Lázaro, cuneta, hospital, cunetacurva, hospitalázaro, lázarocurva, cunetáspital, hoslaneta, cuspítaro, lavanespicurotetetal... Negro. Silencio.

Cuando Victoria abrió sus ojos vio en frente a Lázaro sentado en una silla de ruedas observándola con mirada profunda, perdida en el abismo de los tiempos. Ella cerró otra vez sus ojos, una sonrisita recorrió sus labios, todo nada, nada todo.

## LA LIEVA

¿Su nombre? Claro que me acuerdo, pero esto no tiene importancia alguna, lo que sí cuenta, es que no la llamaron Ángeles, ni Dolores, como suele ser costumbre en aquella región, ni Gracia o Prado, no, ella alzaba su mirada escuchando un apelativo de tierras lejanas, aragonesas o catalanas. Su pelo lacio, negro mate, no de color azabache como nos imaginamos a la gente del Sur, orlaba una cara blanca, ni rastro de morena, de una palidez sana. Sus ojos negruzcos llenos de ternura pero sin la chispa y orgullo andaluces me cautivaron en el primer instante. Asimismo su apellido, del cual me enteré tarde y por casualidad, indicaba su descendencia de los repobladores castellano – leoneses, con el “de” delante, fingiendo una hidalguía ya extinguida.

Eran las seis de la tarde, cuando el autobús, que me llevaba desde las vastas llanuras aluviales abrasadas por el sol primaveral dirección al pueblo más alto de la provincia en mi búsqueda del frescor serrano, se paró en la plaza tan famosa por los doce caños de las cuales emanan otros tantos chorros de agua pura y cristalina. Con un salto ligero descendí, eché una ojeada rápida a mi entorno, constatando la extraña arquitectura popular en nada andaluza con la salvedad de las fachadas blancas. Ya me quedará tiempo de observar estos y otros detalles, pero primero una cerveza y luego continuar hasta llegar a mi destino.

Pueblos blancos, adosados a laderas de colinas verdes, que miran hacia el valle surcado por un arroyuelo inocente y juguetón, capaz de convertirse en torrente a causa de una tromba de agua, chicas las casas, pocos los habitantes, sosiego, paz, frenado el

transcurrir del tiempo, siempre me ha fascinado esa reducción de la vida humana, que tanto se aproxima a la esencia pura del ser. No hay distracción, ni desviación posible ¿Qué pensará esta gente, qué ideas fluyen por sus neuronas, qué es para ellos la vida, si así se puede llamar en vez de vegetar? No es lo mismo pasar todos sus años en un villorrio sin haber salido una vez, o retirarse al campo después de haber disfrutado a tope de las posibilidades que brindan las grandes urbes, bazares de diversión e impactos. Por eso renuncié a visitar a uno de mis amigos, un hippie reconvertido, dueño de una casucha en pleno bosque, y me decidí pasar el puente en un lugar que ni siquiera aparece en los horarios de las líneas de autobuses rurales: un estudio antropológico, un paseo por lo más profundo de la mente humana.

La enésima cerveza en mano miro al público asistente al ejercicio balompédico delante del televisor. Aquí también, como en todo el país se divide la gente en merengue y blau-grana. Aburrido ¿verdad? De reajo constato que las manecillas el reloj indican las diez y cuarto, y yo todavía en este pueblo, y no en el de mi destino. La noche amenaza con oscurecerme el camino, mas no me importa, hace dos horas determiné quedarme hasta mañana sin proseguir el viaje. En una tasca al lado hablaron de una costumbre vetusta consistente en quemar con gran alboroto unos muñecos representantes de Judas, cosa que me llamó la atención, ritos de primavera, de origen céltico claro, aquí en el sur, obviamente repoblado en su tiempo por colonos venidos del norte. Todo encaja, el habla nada andaluza, la arquitectura popular sin reminiscencia mora ni romana, incluso la cantidad de lluvia recogida en los últimos años como consta en una estadística, elaborada por la extensión agraria, que cuelga en una pared.

Con asombro miro la avalancha de jóvenes que corre hacia

mí, en el fondo un resplandor del fuego devorador cebándose con los restos del quinto Judas de esta noche. Busco cobijo, no me gusta estar al descubierto cuando vuelan botas, botas tiradas en una lucha pacífica llevando la bulla delante, contraataque, movimientos en la calle, gritos, carcajadas, los chavales on the front line, los mayores en la retroguardia, los más tímidos al abrigo de una esquina. Una serpiente llena de convulsiones se mueve por las calles del pueblo, adelante, atrás, en busca de una nueva víctima que cuelga de un alambre tendido entre dos casas esperando las llamas purificadoras. La magia del fuego, triunfo humano sobre el frío y la noche, todo se convierte en luz y sombra, fantasmas errando en la penumbra, la otra realidad. Y en todo esto vislumbro de vez en cuando sus contornos, como se mueve, con decisión y elegante a la vez. Acapara enteramente la atención del grupúsculo que la rodea, no es una diosa descendida del Olimpo buscando una aventura con un mortal, es una sacerdotisa celebrando el ritual tan antigua del acercamiento a lo divino mediante la locura, la santa locura, éxtasis, bacanal rompedor de las cadenas que nos amarran a lo cotidiano.

Cambios brutales, sólo hay que atravesar una puerta, dentro: el volumen bestial de la música bacaladera, fuera: el murmurar nocturno entremezclado con ráfagas suaves de charlas; en un lado el reino del cubata, en el otro las fragancias de la hierba; en la pista los espectros de la gente sumergidos en la luz multicolor, en la calle la silueta de un jabalí bañado por la plata de la luna llena. Indeciso con mi eterna cerveza en mano paso por la puerta una y otra vez, ni lo uno ni lo otro, nada me atrae y todo me fascina. Pensamientos de resurrección, pascua, éxodo, el inicio del camino hacia la tierra prometida, umbral entre la muerte y la vida, tiempo de salvación ¿Será también válido para mí?

Ella no se me quita de la vista. La sacerdotisa se ha convertido en niña bailarina que mueve sus caderas al ritmo frenético con su monótono simultanear de bajo y bombo machacón. ¿Quién será ella en verdad, ¿la camarera del bar que sirviéndome la primera copa de zumo cebadazo me cautivó con su mirada que aún me quema el alma? ¿La oficiante de rituales ancestrales? ¿La inocencia en persona que se divierte bajo los focos mientras una sonrisa celestial recorre sus labios? ¿Y cuantos aspectos más se esconderán aún bajo su apariencia frágil? Casi no hay espacio para moverse, empujones por todos los lados, constantemente se pisan los pies, codazos impactan contra las costillas, los pulmones duelen de tanto humo, la sordera se anida en los oídos y en él estomago se manifiesta el hambre y la bebida ingerida. A la deriva me dejo llevar navegando por la marea humana, sin rumbo fijo tropiezo con la cara tan encantadora, “¿Pero tú, que haces por aquí, no dijiste que te ibas al pueblo vecino?” Golpe mortal, sin protección posible, esto va directamente a lo más profundo de mis sentimientos, toda mi intimidad al desnudo la sangre me sube a la cabeza, sudor cubre mi piel. El corazón a ciento ochenta: “No... no, no..., verás, algo me ha cautivado, ya me es imposible dejar este lugar, otro año será, no sé ...” “Venga ya hombre, no será tan grave” Y una vez más su risita angelical por los labios ”¿Verdad, tu no eres de por aquí?” ....

Aún me duele la cabeza algo, pero ya no tanto como por la mañana cuando el sol me despertó calentando mi saco de dormir. Pasado el primer café, aspirina incluida, el aguardiente al que me invitaron – “Es buena y sana costumbre serrana”- está digerido, olvidado la media hora de espera que al final duró dos y media, remediada la deshidratación alcohólica con unas jarras llenas de líquido dorado, reposa mi testa cerca de su hombro. El prado verde desciende suavemente hacia el arroyo que surca el vallecito con su

curso caprichoso bordeado de unos álamos y arbustos que forman un incipiente bosque – galería. No muy lejos de nosotros se ve el grupito de amigos con los que hemos salido al campo para comer juntos el bollo con su huevo pascual. Una felicidad jamás soñada me invade, giro mis ojos hacia ella y le susurro: “Vaya destino más curioso, querría pasar estos días en el pueblo al lado antes de lanzarme a una aventura con mayúsculas, aún estoy a 5 kilómetros, y la culpa tiene mi sed de cerveza a causa de la cual tropecé con tu mirar sirviéndome la primera jarra. Tendría que irme, mas no tengo gana alguna, creo que me quedaré un tiempo cerca de ti a pesar de que algo se me rebela, todavía necesito la LIBERTAD sin límites antes de aplicarlo todo a los quehaceres cotidianos” a lo cual ella responde sin olvidar su sonrisa: ” Mira, esto es como el agua, mientras baja por el arroyo tiene la posibilidad de llegar al río e incluso al mar, pero cuando entra en una lieva le queda sólo la elección donde pararse definitivamente en un entorno muy reducido, los grandes proyectos se acaban empieza el “Lo pequeño es hermoso”, salvo que logre la purificación, se evapora y empieza un ciclo nuevo, o una tormenta la arranca y la lleva otra vez al arroyo”. “Entonces déjame ser el agua de tu huerta, elemento ajeno y universal a la vez, la fertilización necesaria para toda vida.”

# TAROT

No sabía que sí o que no. Era una de esas decisiones que siempre dejan un fondo de dudas, pero finalmente venció la curiosidad. Juanma entró en la casa vieja, cubierta de yedra. Se paró unos segundos hasta que sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad reinante. Lentamente subió la escalera de madera y llamó tímidamente a la puerta. Se escuchaba música romántica. Dos guitarras se envolvían con sus melodías, formaban guirnaldas de tonos y cascadas de sonidos, se abrazaban y se soltaban, jugaban como si fuesen dos niños en una pradera soleada. Suavemente se abrió la puerta. De la penumbra surgió una figura envuelta en un vestido largo, blanco, que caía en trazos al suelo. Una voz femenina, profunda y cálida le preguntó que era lo que quería. "He venido para una consulta de tarot." dijo "Me han dicho que usted echara las cartas." "Así es" respondió ella "Entra por favor. Mira, me llamo Amadea. Sería mejor que nos tuteamos, así podemos crear una aura de confianza que conviene para las cartas." Juanma siguió a ella por el corredor estrecho. Al final hubo una puerta y encima de ella lucían unas letras doradas:

DO WHAT THOU WILT SHALL  
BE THE WHOLE OF THE LAW

LOVE IS THE LAW  
LOVE UNDER WILL

"Que significado tienen estas letras" preguntó Juanma. "Mira" explicó ella "Son dos sentencias en inglés antiguo. Era el lema de Aleister Crowley, uno de los más entendidos en asuntos esotéricos. Significan lo siguiente: Haz lo que quieres debe ser la ley entera. Y: Amor es la ley, amor bajo voluntad. El problema está en saber lo que uno realmente quiere. Así visto no es una invitación al libertinaje sino a la exploración de las profundidades del alma. Siéntate en aquel lado de la mesa." Se sentó en la mesa. Era una mesa redonda, de castaño macizo, sobre cual se hallaba colocado un mantel de color rojo profundo, casi purpúreo. En un rincón de la habitación se encontraba un sofá de tapicería media gastada con ornamentos que ya no se distinguían. Delante una mesita de bronce. Encima un cenicero hecho de una concha marina. En la pared opuesta se alzaba una estantería llena de libros. Algunos lomos gritaban en colores violentos, pero otros contaban cosas de tiempos pasados. Una cortina marrón ocultaba parte de la única ventana dejando entrar una luz débil que bañaba toda la habitación con un aire de misterio, no de miedo sino más bien un guiño a las quimeras de la noche de los tiempos.

Amadea miró pensativa su colección de barajas de tarot. No solía usar siempre la misma sino que según el día y las vibraciones in- y exteriores se inclinaba hacia una u otra. Hoy le tocó el turno al tarot del señor Arthur Edward Waite. Su diseño es alegre, de una serenidad divina, no cargado de un simbolismo oscuro como tantos otros. Con las cartas en la mano se acercó a la mesa para tomar asiento. "¿Cuál es tu problema?". "Es que estoy con líos emocionales y quería saber mi futuro sentimental." contestó lentamente. "Bueno, baraja las cartas ahora pensando en el asunto para que ellas pueden captar tus emanaciones." Juanma mezcló las cartas y las devolvió. Amadea puso la primera boca arriba sobre el



mantel. Un rey sentado en un trono sobre agua manteniendo una copa en su mano derecha y su cetro en la izquierda miraba sin fijarse aparentemente en nada hacia un punto que estaba fuera de la carta. "La carta habla de un hombre que no sabe decidirse, que tiene un conflicto entre su espíritu y su corazón y que por lo tanto deja llevarse por las circunstancias sin intervenir activamente." La segunda mostraba un chico sentado debajo de un árbol con aire infeliz, delante de él tres copas vacías en el suelo y una mano misteriosa surgiendo de una nube ofreciéndole otra más. "Lo que pasa a nuestro hombre, que tienes que ser tú, es que ha gozado mucho durante cierto tiempo, pero ahora el placer ya no es tanto y por eso es indeciso si quiere continuar o cambiar." En la próxima carta se veía una mujer extraña sentada sobre una piedra delante de un velo que colgaba de dos columnas, una negra y otra blanca. "Va entrar en tu vida una mujer, que guarda las claves para que puedas salir de esta situación." En la cuarta se podía ver a un ángel en una orilla con un pie sobre la tierra y el otro metido en el agua mezclando un líquido con dos cálices. "Te vas a reunir con esa mujer y vais a tener mucho intercambio." La quinta representaba un niño desnudo que cabalgaba regocijadamente debajo de un sol radiante. "Vas a vivir un placer intenso, de cierta manera inocente, sin preocuparte demasiado del más allá." Ya iban cinco cartas, pero Amadea sacó otra más. Ostentaba un hombre sujetando tres espadas, dos más se encontraban en el suelo, que con una risa maliciosa miraba a dos individuos que se alejaban derrotados. "Vas a tomar una decisión y romper un equilibrio existente. Sabrás que tienes que hacerlo, si no quieres que las cosas se te pongan inaguantables. Ahora viene la última." Una reina estaba sentada en un trono muy adornado en medio de un paisaje otoñal. Nostálgicamente observaba una moneda grande que tenía en sus manos. "Finalmente habrá una

mujer, que te dará paz y estabilidad. Va ser una relación madura."

Juanma saltó de la silla. "Que bien" exclamó. "¿Cuanto te debo? Que contento estoy." "Pero no quieres una lectura más pormenorizada?" "¡Que va! con esto tengo bastante". Y pagado el precio sin olvidarse de una propina sustanciosa se marchó.

Amadea estaba sola. Reflexionaba sobre lo pasado. Claro, él era el rey de copa. Susceptible de todo. Y esa ligereza, esa inexperiencia, esa corroboración de la vida. Se superpusieron dos imágenes en la mente de Amadea. El Juanma real existente, que ella apenas conocía, y el rey de copas, del cual si sabía mucho. Ese rey con sus ojos de soñador abiertos que siempre contemplan algo muy lejos, inalcanzable, anhelándolo, mas temiendo que sus fuerzas no basten para alcanzar tal meta, sentado en la baraja de Waite, joven aún, indeciso, aguantando su situación incómoda rodeado del océano por todos partes, condenado a mirar sin la posibilidad de intervenir; ese rey viejo, lleno de morriña del tarot de Marsella; ese rey mozo rubio de Crowley que se lanza hacia la luz en un mundo azul, no percatándose de su caballo que le negará la obediencia en cualquier momento distraído por un pavo real; ese rey rubio, barbudo, tímido de la baraja del Golden Dawn, cuyo emblema es el mismo pavo real, montado en caballo blanco; ese hermosísimo Señor de las olas y las aguas, a quien le empujan los poderes de su reino hacia adelante mientras que él esta hundiendo su mirada en el horizonte lejano.

¡El rey de copas! El piscis noctámbulo e imaginativo, confinado en los continentes oníricos. Empezó a tomar formas. Cada vez se hizo más real, la metamorfosis de una idea a través de una carta en una persona de carne y hueso. Pero, ¡ay de mí! ya no se encontraba dentro de estas cuatro paredes, se ha ido, a lo mejor para siempre, sin volver nunca, ¡mi rey de copas! Entre melancolías y

alegrías ennegrecidas Amadea entró en la cocina. Una infusión de lo que sea. Tranquilizarme, encontrar un punto fijo que sirva de sustento, un punto por donde empezar de nuevo. ¿Menta? no, ni salvia, tampoco orégano ¿qué es esto? Espino albar o, como la gente le llaman aquí, tilo, un calmante, y añadiéndole un poquitín valeriana, que bien sienta todo esto al cuerpo ¡y a la mente! que sosiego, las nubes se despejaron, un rayo, primero débil, preludió una iluminación que se iba haciendo más fuerte en el transcurso de los minutos, finalmente podía pensar libremente, parecía un estratega inclinado sobre croquis y mapas en plena tarea de organizar la fechoría de la campaña, tensada como una ballesta buscando su blanco, en concentración total igualando al tan famoso discóbolo de Mirón que sorprende todavía hoy, pasados quinientos lustros, a millares de turistas en Roma.

Todo ya estaba claro. El rey de copas con ese presagio de las cartas buscaría una corriente que le llevase consigo, que le empujase hacia su destino que tan inalcanzable le parecía, el buscaría a gente, a movida, a un mar donde sumergirse y dejar arrastrarse a nuevos horizontes. Amadea cogió el periódico. Guía fin de semana. ¡Aja! Fiestas en El Pozuelo. Apenas a veinte kilómetros. Si, sus amigos le convencerán que tiene que acompañarlos y el dirá que sí y se irá con ellos esperando que la mujer misteriosa le encuentre y le seduzca...

Cinco horas más tarde, Amadea paseaba por El Pozuelo. Era un pueblo pequeño, en las afueras de la ciudad, las casas blancas adosadas estrechamente las unas a las otras dándose cobijo como si de un rebaño de ovejas acosado por lobos se tratase, bifurcado por calles tortuosas, pavimentadas con piedras calizas y volcánicas, que formaban círculos, líneas, meandros, triángulos, un sin fin de formas y dibujos sobre los cuales se perdieron los pasos de Amadea.

Subiendo pasó delante de una tienda, "Por la compra de un 3 kilo de mortadela le regalamos un vaso" anunciaba un cartelito escrito a mano con rotulador negro al lado de otro que mostraba la nueva colección de helados para la temporada vigente. Un hombre salió con una caja de cerveza dejando entrar a una mujer decidida de adquirir lo que faltaba para una cena festiva. La calle estaba adornada con banderitas que invitaron a probar el vino del tío no sé que alternándose con otras de la misma casa pero con mensaje refiriéndose a un coñac. Un policía municipal colocó una señal para cortar el tráfico y de lejos se escuchaba "Probando, si, sssssii, probando". El Pozuelo estaba de fiestas.

Al llegar a la plaza, Amadea entró en el bar "Las Espuelas" pidiendo una caña y recibiendo un vaso de plástico lleno de espuma. Los camareros ordenaban sus papeles, algún colgado quiso convencer a su contertuliano de sus facultades fandanguísticas, otro estaba empeñado en vender cuanto antes gritando "Me queda el diecinueve", un concejal se asomó preguntando por los músicos porque ya es hora, un matrimonio luchó con otro por la posesión de una mesa en primera fila, el churrero se llevó un cubo de agua, un negro se enfadó porque no le dejaron enchufar su cable para la iluminación de sus baratijas, un futbolista del equipo local se llenó por quinta vez la recién conquistada copa con una mezcla de todos los licores de importación, un niño lloró porque su superlasergalacticspace pistola ya estaba roto y no emitía sus sonidos bélicos, un tío se mosqueó a causa del precio de la cerveza que durante el año es de diez duros pero esta noche se ha fijado en quince "Que quieres, estamos en fiestas" fue la respuesta lacónica del amo del bar.

En este momento mientras empezaba la orquesta con

amenizar la velada entró un grupo de unos ocho chavales. Amadea se fijó en los nuevos llegados. Juanma estaba con ellos. Una sonrisa recorrió los labios de Amadea. "Hola, ¿qué haces tú aquí?" "No sé, me daba gana de salir algo, pero vaya coincidencia ¡tú también has venido aquí!" "Claro, son las únicas fiestas que hay este fin de semana." "¿Quieres tomar algo?" "Si, ¿por qué no? una cerveza" "Camarero, trae nos una jarra de cerveza y algunos vasos. Mira, te presento mis amigos".

Más tarde en la noche se veía a Juanma y Amadea bailando en la plaza, primero al ritmo del éxito de este verano, "Buenas noches, Europa", una versión rapeada de "No llores por mí, Argentina", luego al son del pasodoble "Tambores de Colón y cornetas de Cortés" para finalizar en un abrazo que apenas se movía, pero besándose mucho.

Por la mañana desayunaron en la cama con champán. Visitaron bares, comieron las más exóticas comidas, Amadea por delante, Juanma en zaga, bailaron en discotecas, se fueron a la playa, subieron a los picos, se perdieron en los bosques, caminaron sobre praderas, exploraron ríos, compraron en el híper, vieron películas, oyeron conciertos, degustaron vinos, mano en mano empezaron a descubrir la vida, a vivir las alegrías, a disfrutar del cuerpo, a regocijarse del alma, a serenarse, a encontrarse, a fliparse gozando como dos niños inocentes.

Transcurridas dos semanas Amadea tuvo que ausentarse durante dos días a causa de una de esas reuniones familiares que suelen celebrarse bajo varios pretextos como son comuniones, bodas o entierros. El motivo exacto del viaje de Amadea no nos interesa aquí, porque no influye en absoluto en el transcurso de nuestra historia. Pero cuando regresó, Juanma no estaba en casa. Tampoco

vino por la noche, ni al día siguiente. Amadea se lanzó a la calle. Quería encontrarle. Caminaba por toda la ciudad, buscaba por todos los rincones hasta que un día le vio, brazo en brazo con otra mujer. Era como si cayera un telón negro delante sus ojos. Su mano izquierda se apoyó en la pared. Bamboleando se dirigió a casa. ¿Como era posible? ¿No decían las cartas? ¿Como era? ¿Que cartas exactas? ¡Tenía que recordarse! Y de repente vio todo claro, iluminado por una luz fuerte, brillante y radiante, el rey de copas y su relación con la reina de oro, su novia de siempre, el anhelo del cambio, de una aventura corta, sin comprometerse, y a ella le tocó ser el objeto del gozo para darle una nueva experiencia que podría aportar a su novia como regalo. ¡La Templanza! esa carta que habla de re-reunión, de rejuntar cosas o personas que antes se habían separados para analizarse a fondo y luego encontrarse de nuevo con una conciencia más profunda y por ende más libre, más madura. Claro, él no ha querido una lectura más pormenorizada, de ahí que Amadea no se percató de que la carta reinante era la Templanza. Amadea tomó con un suspiro profundo la baraja de Aleister Crowley, la mezcló y sacó una sola carta. El rey de bastos, montado en su caballo negro, lleno de energía, controlando con su mano derecha las riendas, una antorcha ardiente en su izquierda, dirigiéndose a través del fuego a una meta cercana, alcanzable. ¡El rey de bastos! Amadea cerró sus ojos. Ahora hay que esperar. Él tomará la iniciativa, él la llevará a donde sea, él decidirá, él la mirará, la amará, la acariciará.

En este momento sonó el teléfono...

## LA NEVADA

Aire cristalino. Los picos blancos. Los árboles del bosque cercano crujiendo debajo del peso de la nieve recién caída. De la chimenea de la casa adosada a la roca salía un humo débil, juguetón. Se oían golpes secos, casi rítmicas, detrás de la casa. El sol acarició las laderas con una luz dorada, caliente, envolviéndolo todo con un encanto que sólo se encuentra en algunos cuadros, normalmente no accesibles al público en general. Cesaron los golpes y un hombre de constitución fuerte, alto, rubio, la barba enmarañada con finos hilos de aliento helado, un sombrero en la frente ocultando la cara, el hacha en mano, apareció, abrió la puerta y se adentró en la casa. Iba a la alacena y cogió una botella de cerveza media llena, se llenó un vaso, lo puso encima de la mesa rústica, acercó con la mano izquierda una silla de tres patas, se sentó y se quedó así, la mirada perdida por la pequeña ventana, que dos maderos partieron en cuatro diminutos vidrios mojados por el calor y la humedad del interior y el frío y la sequedad de fuera. El vaso lo mantuvo con la derecha, pero no bebió. Mil pensamientos se cazaban mutuamente en su cabeza. Como era costumbre mensual desde hace 17 años, el tiempo que llevaba aquí, ayer se había ido al pueblecito del valle haciendo sus compras urgentes y encargando otras para más adelante cuando la nieve se habrá retirado ya definitivamente. Después se fue a la tasca, su agencia de noticias. No había ocurrido ninguna muerte, ni boda o accidente lamentable alguno. Al levantar y despedirse se le acercó Amancia, una mujer de unos treinta años, que trabajaba de asistenta social en el ayuntamiento del cual el pueblecito formaba aldea. "Mañana tengo que visitar al viejo Nicolás, ya sabes, el del cortijo de la ladera sur, al otro lado del puertecillo. Pues, si estás en casa por

la tarde, al regresar te echaré una visita." "Claro que estaré, lo sabes, no tengo nada que hacer y una visita siempre se agradece, pues ayuda a disipar pensamientos tristes, nórdicos".

Y ahora estaba aquí, sentado, el vaso en la mano, la leña esperándole, tenía que partir más, las visitas tienen sus normas, requieren recibimientos, cumplimiento de la cortesía elemental, el calor, la comida y la bebida, el lo sabía a la perfección, pero algo se rebeló, dijo que no, no, por eso te fuiste, dejaste los fértiles valles fluviales, abandonaste las ciudades ricas, pronunciaste un último adiós y todo ¿para caer otra vez en la trampa de la forma menospreciando el contenido? Un trago. La mirada buscando. Tranquilidad. Reposar. El Nirvana. Un trago. Los ojos abiertos, sin fijación. La cara pétrea. ¡Por qué! La leña, la ideología, estar dentro, estar fuera, estar, estar y el ser, el ser ¡qué! Cumplir con mi papel. ¿Con cuál? ¿El mío, el que piensan que es mío, el que pienso que ellos piensan, el que nadie se atreve a pensar, a imaginar, o es la sorpresa, lo imprevisible precisamente lo único predecible? ¡La leña! Ni había mantenido la lumbre. Ni encendido otro fuego. Los rayos del sol calentaban las paredes de la casa. El frío no le afectaba mucho, ¿pero a otros?

Se escuchaban pasos acercarse a la casa, crujiendo la nieve, dos golpes en la puerta, el primero tímido, y otro con más decisión, "¿Puedo?", un silencio seguido de "Si, entra por favor", el chillido de la puerta, " debería echar algo de aceite" se pensó, "Hola Torcuato", "Hola Amancia, que tal", se estrecharon las manos, frías las unas, calientes las otras, "Siéntate aquí en la sillita o prefieres el banco empotrado, como quieras", en frente de él ella se dejó caer sobre el banco, "¿Quieres un vaso de cerveza?", "Si, tengo mucha sed, la subida del puertecillo y el sol, ladera sur, lo sabes", "Si, si,



como no".

Era la primera vez que ella estaba en su casa. Sus ojos se movían rápido de un sitio a otro, engullir detalles, probar con ellos una conclusión, captar vibraciones, ordenar impresiones, intentar deducir algo, comprender. A Torcuato conocía poco. Se acordaba del día que le vio por primera vez, en el ayuntamiento, por la mañana, ella nueva, recién acabada la escuela, novata, él arreglando algunos papeles, luego al preguntar a los colegas le dijeron que Torcuato era escritor, retirado parece, loco, vive una vida solitaria ahí en el monte, arriba, baja poco, ¿familia? ni que lo sepamos, loco.... Luego se encontraron algunas veces en la tasca. Hablaron de cosas de escasa importancia, incluso bailaron en una Noche Vieja juntos una polca alegre, costumbrismo.... y en este momento aquí, le querría preguntar tantas cosas, descubrir un secreto, uno o dos, aprender ... ahh ... realmente no sabía, ¿curiosidad, aburrimiento, juego? ... "A la nuestra", se despertó de sus pensamientos, "A la nuestra".

Empezaron a hablar. Nada de importancia. Cosas cotidianas. El tiempo. Los precios. Los últimos acontecimientos en el pueblo. Pues nada, haciendo ejercicios de conversación. Mas de repente Amancia le preguntó "Tu eres escritor, ¿verdad?" "Si, lo era" "Como, ¿lo eras?" "Si, esto es, lo era. Pues he escrito un libro hace bastantes años" "Cuéntame, ¡por favor!" "No sé, bueno, bien, ¿quieres otro vaso de cerveza? hay una botella más" "No gracias, pero he traído un orujo, si quieres"

El asintió con la cabeza y se llenaron sus vasos. Torcuato empezó a contar que tiempos atrás había escrito un libro, un libro famoso, alabado por la crítica y comprado por el público, adornado con premios, lo que se llama una suerte, le permitía vivir, incluso

hoy sigue viviendo de él, hay reediciones, sobre todo en círculos de lectores o colecciones de grandes obras de la literatura, sí, pero no le gustaba escribir, limar palabras, corregir construcciones sintácticas, encontrar sinónimos, cuidar la expresión, enhilar una historia, dar con la idea magistral, le encantaba más pensar en bloques pequeños, sin relación entre si, el contenido, no la forma, el salto abrupto, probar, tentar, dar la vuelta, deslizarse sin saber si y donde está el fondo.

"Pero ¿como has escrito tu libro?" "Pues sencillamente yo estaba enamorado y expresé todo mi pensamiento en una novela de locura, ' El Hilo', se trata de una historia de dos que se encuentran por casualidad y se relacionan entre si, como si un hilo les une, pero con el tiempo vienen más hilos, se empieza a tejer una forma geométrica, lógica, que se extiende cada vez más, ya se convierte en una red, que comienza a tocar muchísimos aspectos de la vida de los dos hasta en convertirse en una maraña que cubra y ahoga al final todo, a los personajes no es posible cortar el hilo, porque sigue siendo maravilloso. Una historia trágica, llena de amor, de comprensión, una locura que solamente se podía escribir en tal estado exaltado" "Y desde entonces ¿ya no has escrito nada?" "Nada" "¿No te encantaría?" "Imposible" "¿Por qué?" "Tendría que enamorarme otra vez" "¡Pobre hombre!"

Con un movimiento fugaz le acarició la mejilla. El cogió sus manos, las apretó, y las soltó. Sus miradas se cruzaron, se entrelazaron. Para un caminante hubiera sido posible vislumbrar desde fuera por la ventanilla dos sombras, sentadas en frente, tocándose de vez en cuando, incluso besándose. Silencio. El sol caminando hacia el oeste. Unas nubes negras sobre los picos alejados. Cuatro campanadas desde el valle. El viento se levantó, no

muy fuerte.

"Ya son las cuatro. Tengo que irme" "¿Por qué?" "No sé, mañana hay que madrugar, a trabajar" "Pero con todo que has bebido, ¿como quieres irte?" "Con los esquís" "Será peligroso, ¿no controlarás!" "Si, si. Ningún problema, nos veremos, seguro, un beso" Un beso, largo, lleno de imprecisiones, de tristeza y ligereza, de separación y reunión, un beso y se fue.

Sentado en la mesa, Torcuato, un papel delante de sí, un papel blanco, amenazador, invitador, ¿donde dejé el boli? ¿Cómo empezar?. Un cuento corto. Uno solo. Para empezar. La historia trazada con movimiento audaz:

Él la admiraba desde quien sabe. Le faltaba el talento de comunicar. Solitario. Un día, por - eso hay todavía que inventar - lo que sea, Ella llega a Su casa. No sola. Con gente. Hay vino, cubatas, de todo. Ya avanzada la fiesta se tropiezan en una habitación. Ella juega. Él tiente el momento. Sucumben. La llamada a la puerta. Nos vamos. No. No podéis conducir. Hay sitio para dormir. Nada. Promesas de reencuentros. La ligereza y la profundidad. Sentado. Saudade.

El sueño: *El teléfono. La avería. Recógenos. Nos quedamos. Mañana al taller. Noche de ceguera, de locura. La gente comiendo, bebiendo. Él, Ella en una habitación. El dedo del destino. Él en blanco, Ella en negro. Cambio. El ahora con el frac, Ella en lencería resplandeciente. Dos niños. En una pradera. La boda. Los niños. Un caminar juntos....*

El despertar. Dormido en el tresillo. Las 2 de

la mañana. Nadie. Nada. Pero sí. Hay una llamada en la puerta. Es Ella. Avería de coche. ¿Nos podemos quedar? Ya no hay comida. Poca bebida. Frío. Ambiente gélido. Pensando en mañana. Dormir. Separados. La resaca. El despertador. El Taller abre temprano. No hay tiempo para más. Adiós.

Falta el mazazo final. La moral. ¿Quién? ¿Ella? ¿Él? ¿Un accidente por ligereza? ¿Un suicidio? Un reencuentro? ¿Por qué siempre acabar! Se deja la historia así, un recorte de la vida, sin sentido. Un video de 8 horas. Sólo el pasado que tiene relación directa es nombrado, fuera el resto. Nada de futuro, de porvenir. 8 horas en el filo del presente, esta frontera entre el será y el ha sido. Ya está. A la obra.

Pausadamente empezó a poner palabra tras palabra. Frase junto a frase. Párrafo seguido de párrafo. Una página. Dos. Tres. Un golpe en la puerta. No respondió. No lo escuchaba. "Torcuato". Se frotó los ojos. Soñando. Tres golpes. "Torcuato". "Sí". Se levantó, cinco pasos y abierta la puerta. "Pero ... A M A N C I A ¿qué haces tú aquí, no te fuiste?" "Sí, pero se me ha roto un esquí. Nieva mucho. Así no puedo llegar al valle. Ya es casi de noche." "Quédate aquí. No hay problemas."

Quedaba poco fuego. Torcuato se daba cuenta que él no se había preparado. Quedaba una cerveza. Nada de caliente. Comida tampoco. Él no estaba preparado. Estaban sentados cerca de la pequeña candela que amenazó con apagarse en cualquier momento. Su historia. Aquí. Ahora. Real. ¿Qué hacer? Soñar. Realizar. Coger. Dejar. Y Amancia. ¿Qué? ¿Sólo pensaba como llegar al valle? ¿O en

otra cosa? ¿Que derecho tiene él? ¿Ella? Un cuento que se tuerce sobre si mismo. ¿Habrá salida? La forma y el contenido. La responsabilidad. Carpe diem. El libre albedrío. Uno sí, ¡Pero dos! Pueden ser opuestos. La predestinación. Él - viejo, Ella - joven. ¿Como ahondar? La chispa sale en momentos cálidos, sin control, la santa locura. Y ¿en este instante? ¿Gélido? ¿Cotidiano? ¿Tiempo real? Dos figuras mudas sentadas. Iluminados por unas llamas cambiantes. Mudos los dos. Caídos en sus pensamientos. Atrapados.

"Hace frío, será mejor que nos vayamos a dormir" "Sí, tienes razón" "Te traigo unas mantas y un colchón, quédate aquí, cerca del calor. Yo duermo en la habitación al lado. Si necesitas algo, llámame"

El sol apenas se había levantado. Todo el paisaje rielaba. Cientos de millares de cristales diminutos de la escarcha y de la nieve centelleaban reflejando la luz matutina. Un palacio de diamantes al aire libre. La bruma en el valle. Los abetos testigos serios. El cielo azul. Unos copos de nieve negándose a la ley de Newton. Torcuato partiendo leña. El fallo no se repetirá. El hacha relucía. Golpes secos, rápidos. El vapor del aliento.

Al entrar, Amancia estaba levantada. "Hola, ¿qué tal has dormido?" "Muy bien, gracias" "Voy a encender el fuego, ¿quieres una taza de café?" "No gracias, tengo que irme, el trabajo, ya sabes, hasta la próxima" Un abrazo somero.

Otra vez solo, Torcuato cogió los tres folios, los arrugó poniéndolos en la chimenea. Algo de leña recién partida encima. El cerillo se encendió, se acercó al papel lleno de letras. La llama prendió.

Ya acercándose al valle, en medio del descenso, antes de la

gran curva, Amancia volvió sus ojos para ver por última vez la casa de Torcuato antes de que las colinas impidieran la vista. De la chimenea empezó a salir un humo blanco. Qué tranquilidad se pensó, qué paz, qué lástima que él ya no escribe.

## En vez de un epílogo:

# EL ABRAZO

Sonaron cuatro golpes de campana suaves seguidos de otros tres más profundos. ¡Pero que hago yo aquí! a estas horas nocturnas, de madrugada despierto en la cama! se pensó Juan, nuestro héroe del desvío provisional. Pues sí, han sucedido muchas cosas, claro está, para no ir más lejos, hace dos días, la misma hora, despierto yo también, pensando en el encuentro de la tarde siguiente. Recapitulando mis historias de amor. El premio que me daban en el certamen literario convocado por el Ilustrísimo Ayuntamiento, la publicación de un relato por semana en el periódico provincial primero y luego en la edición autonómica de un diario estatal. La gente empezaba a conocer mis cuentos, a sospechar que haya un fondo verdadera detrás de todo. Las mujeres que querían un monumento a través de mi prosa se me acercaron, no tenían interés en mi persona, pero sí en la fama, a lo mejor habrá un relato con su nombre el sábado que viene, su único anhelo. Y yo, jugador, me presté a sus planes, divirtiéndome, cosa no perdonable, no solamente describí mis aventuras, sino las exageré engalanándolas, ni siquiera solía cambiar los nombres de las protagonistas. ¿Para qué? Ellas lo deseaban así. ¡Cómo no voy a recordarme! de estas realidades virtuales, estas noches llenas de locura y no de ternura, mi dulce venganza, convirtiendo todo en cuentos para relatar entre la vecindad. Me partí de risa a causa de Gloria, lo pasé muy bien con Lola, lo siento por Soledad, sufrí en Sevilla, Amancia me enseñó la nostalgia, hace tiempo que no voy al Pub Acuario más bien suelo visitar la Sierra, sus fiestas y sus bares, desde la noche de Victoria tengo pánico a los hospitales, a pesar de Amadea consulto todavía

mi baraja de Tarot y sobre todo, aún saludo a Dolores. En fin, un escritor querido, que no amado, por sus cuentos reales/irreales, no por sus cualidades literarias.

El teléfono, hace una semana, de mi amigo lejano, capital de otra comunidad, preguntando si María, una conocida suya podría pasar algunos días en mi pueblo, escapando del ritmo cotidiano impuesto. ¿Como iba a negarme? Mi casa siempre esta abierta a todo/toda. La contraseña: chaqueta blanca, pantalón negro, a las tres de la tarde, en la estación de la RENFE del pueblo de al lado, el mío no tiene ni tren ni autobús. La vigilia, que nombre absurdo, mas verdadero. Pensando en el encuentro, ¿será otra historia más, el inicio de un relato, "La agencia matrimonial", con el tema de las citas sin conocerse? Genial, una sátira de las relaciones modernas, incapacitadas, renegadas de la espontaneidad, esos encuentros sin conocerse, pero con ganas de cambiar el rumbo de la vida.

Y mi idea maliciosa, se rió Juan, de negarme al evento y de disfrazarme con pantalón vaquero, sin chaqueta, la rosa sustituida por un periódico, tentando el destino. Pues este era su aspecto en le andén número dos, aquel sábado, tres de la tarde. No hubo escapatoria para él, cuatro ojos, que se buscan no se pueden esconder. En el camino al pueblo, en su casa, hablaron de todo, excepto la literatura, se abrieron, se encontraron, se comunicaron, se amaron, hace un día. Y ahora, pasó por la mente de Juan, estoy en la cama, sin dormir, vigilando el dulce sueño de María en mis brazos, la única historia real, no inventada, por qué escribir si la vida real es más fantástica, se puede tocar, palpar, abrazar, no basta con soñar, imaginar, suponer, nuestra mente tiene limitaciones, el mundo no, escribía para vivir, para fingir, mas en este momento ya no hace falta, voy a soltar lastre, quiero flotar libre, inmerso en un mar de



felicidad, no en uno de mentiras y medias verdades de café literario, voy a dejar de escribir estos relatos infelices. Y abrazando fuerte a María cerró el libro delante su ojo mental.

Post Scriptum: Conocedor del flujo/reflujo y de las vueltas que da la vida, nadie se maravillará si encontrare una nueva historia de amor/desamor con la rúbrica de Juan.



## CONTENIDO DE LA OBRA

<i>DESVIO PROVISIONAL</i> _____	<i>1</i>
<i>LA RAMA</i> _____	<i>4</i>
<i>LA PIERNA</i> _____	<i>7</i>
<i>LOLO</i> _____	<i>11</i>
<i>HORA FINAL</i> _____	<i>18</i>
<i>EL CONTROL</i> _____	<i>20</i>
<i>SIN GLORIA NI CENA</i> _____	<i>24</i>
<i>LEYENDAS</i> _____	<i>27</i>
<i>LA SOLEDAD</i> _____	<i>32</i>
<i>LA FLOR</i> _____	<i>35</i>
<i>LUNA LLENA</i> _____	<i>38</i>
<i>LA LIEVA</i> _____	<i>41</i>
<i>TAROT</i> _____	<i>46</i>
<i>LA NEVADA</i> _____	<i>54</i>
<i>EL ABRAZO</i> _____	<i>62</i>

© Gerhard Illi, 2004, illi@illisoft.net